

B.T.



# Doctor Intruso

George Sanders

Mary Maguire

IMMEDIATELY

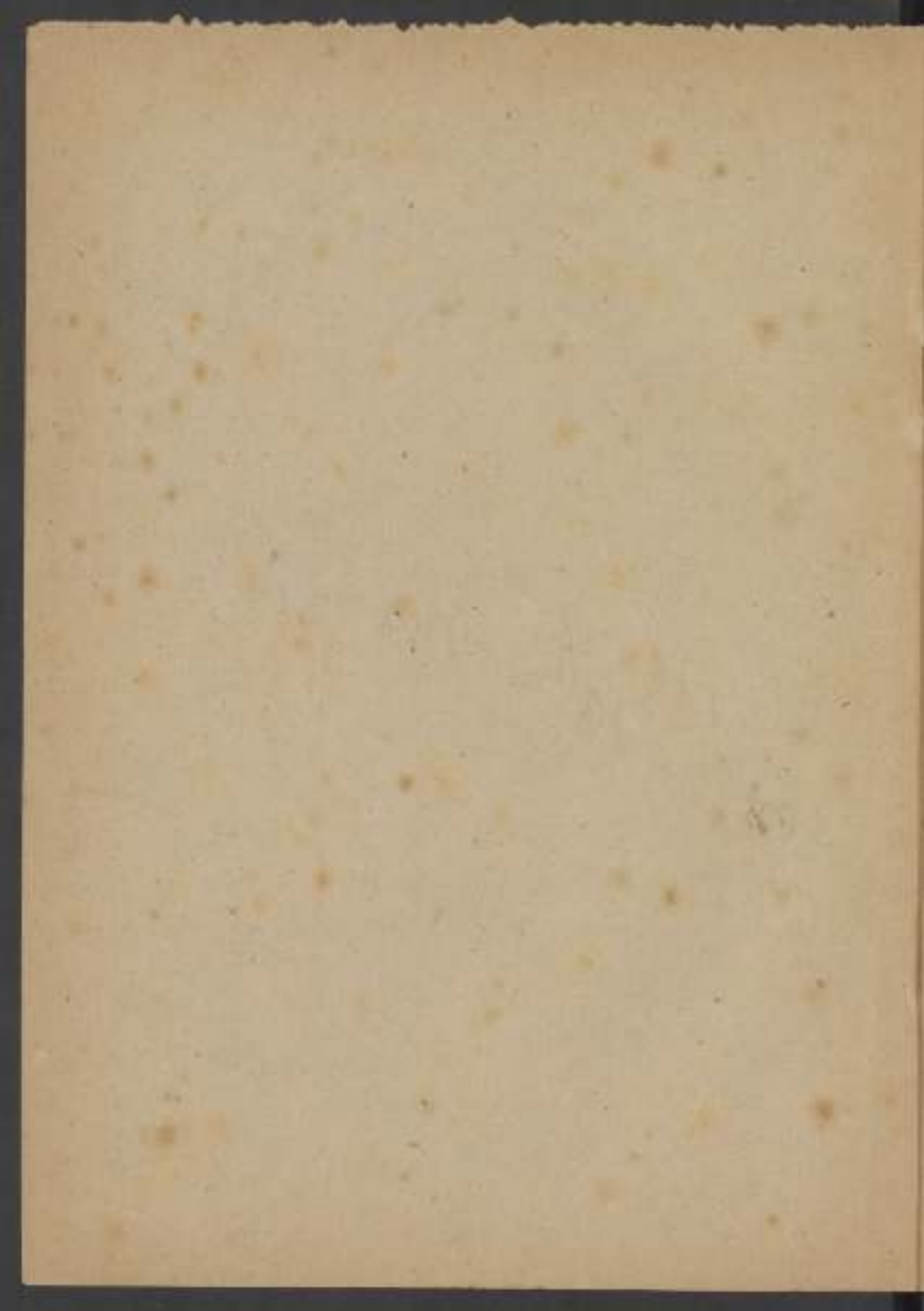


18  
Hippel-Zur-  
gung

---

João de Barros gurguiz





**DOCTOR INTRUSO**

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN



# Ediciones Bistagne

EDICIONES ESPECIALES  
CINEMATOGRAFICAS

Pasaje de la Paz, 10 bis - Teléfono 18841 - Barcelona

## Doctor intruso

Apasionante asunto sentimental

Director

PAUL L. STEIN



UNA SELECCION  
CINEDIA



Presentada por

BALET Y BLAY

Paseo de Gracia, 83

BARCELONA

# DOCTOR INTRUSO

## Argumento de la película

Reunidos en consulta, los doctores estudiaron concienzudamente el caso y dictaminaron: "Deformación congénita. Demasiado tarde para operar." La enfermita quedaba condenada a su parálisis para toda la vida.

La madre había esperado con inquietud creciente el resultado de la larga consulta y cuando el doctor Tollemache se presentó a ella, después de haber dictado la terrible sentencia, muy pálida, con los ojos agrandados por la angustia, inquirió, mirando fijamente a aquel hombre, del que dependía el porvenir entero de su hijita:

—Doctor... ¿mi hija...?

—Señora — contestó el doctor Tollemache con la fría calma del que está acostumbrado al choque diario de los dolores y las pesadumbres de la humanidad —, mis colegas y yo sentimos tener que decirle que no hay es-

peranza... Temo mucho que su hija quede paralítica para toda la vida.

—¡Oh!... ¿Y ésa es la opinión de los mejores especialistas que hay en la ciudad? — preguntó la afligida madre —. ¿Y eso es todo lo que ustedes, hombres de ciencia, pueden hacer?

—Señora... comprenda usted que sólo somos médicos... y que no podemos hacer milagros — murmuró el doctor, queriendo mitigar el dolor de la pobre madre.

—¡Milagros! — suspiró la señora, levantándose decidida —. Recurriré a quien los hace. Pasaré por todo antes que ver paralítica a mi hija. La llevaré a él...

—¿A quién se refiere usted, señora? — preguntó el médico, temiendo escuchar el nombre de la persona que, desde hacía tiempo, tenía sugestionada a toda la ciudad con sus curas extra-



ordinarias y con lo que todos los médicos creían una charlatanería inicua y vergonrosa.

—¡A Lagatzy! — contestó la señora con energía.

Lagatzy era un hombre que nadie sabía de dónde venía, pero que se había apoderado, en muy poco tiempo, de todo el público doliente de la ciudad. Su despacho era el más concurrido, su clientela la más numerosa, y su clínica, montada maravillosamente según todos los adelantos modernos, estaba constantemente llena de pacientes que confiaban al "charlatán" su salud, su vida toda, con esa fe ciega que inspira en las muchedumbres lo extraordinario, lo excepcional, lo maravilloso.

Lagatzy era joven, coérgico, activo y tenía fe en sí mismo, esta confianza que da el conocimiento del propio valer y que hace saltar por encima de todos los obstáculos...

¿Qué le importaban las críticas, si él, con su saber, con sus conocimientos, lograba devolver la salud a tantísimos enfermos, haciendo caminar a los que llevaban años postrados en la cama, paralizados sus miembros, devolviendo el movimiento a los huesos anquilosados, haciendo el milagro de que se pudieran abandonar las muletas y los bastones que durante años y años habían sido la tortura de los que a él iban a confiarse?

Lagatzy se multiplicaba en torno a

sus enfermos, y cuando, después del tratamiento, veía a alguno de ellos arrojar lejos de sí el bastón y la muleta, caminar solo, sin ayuda de nadie, y le miraba con los ojos cuajados de lágrimas de agradecimiento y de emoción para darle las gracias por lo que todos estimaban que era un milagro, Lagatzy sonreía, olía la flor que eternamente lucía en el bojal de su chaqueta, daba unos golpecitos en la espalda del enfermo que salía curado de su clínica, y volvía al lado de los que aun sufrían, para prestarles su consuelo, su ayuda, sus cuidados, su protección.

Era un poco brusco en sus modales y en sus movimientos. Sus palabras, muchas veces, tenían la acritud del hombre que desconoce la educación refinada de la alta sociedad y que, sin las trabas que ella impone, habla como piensa, sin buscar subterfugios ni rodeos para decir a las claras lo que rebosa de un corazón grande, noble y generoso como el suyo, aun a riesgo de caer en el desagrado de los que le escuchaban, porque decía las verdades a todos, y la verdad raras veces suele ser dulce.

Trataba a todos sus enfermos con un cariño un poco rudo, y a todos por igual, sin importarle la clase social a que pertenecieran ni dar importancia a las familias de las que provinieran: para él, todos eran enfermos: el millo-

nario y el mendigo, el hijo del marqués o el nieto del lacayo,

Únicamente hacía distinciones a la hora de cobrar sus honorarios. En esto sí que Lugatzy era intransigente.

Aquella mañana, Lugatzy acompañó hasta la puerta a uno de sus enfermos, sanado ya, pero que, por hábito, por miedo todavía de que le fallaran sus fuerzas, iba con el bastón en la mano.

—El bastón debe dejarlo aquí— le ordenó Lugatzy.

—Sí, señor... ¡Ja, ja, ja!... ¡Cuántos años hace que no había reído tan a placer como hoy! — replicó el cliente, tratando de romper el bastón con su rodilla.

Pero como no tuviera bastante fuerza para ello, Lugatzy tomó el palo, lo partió en dos con un seguro golpe dado en su propia rodilla y lo devolvió al cliente, diciéndole:

—Le servirá para encender el fuego... ¡Adiós y buena suerte!

—¡Que Dios le bendiga a usted, señor Lugatzy! — replicó el hombre, caminando rápidamente, como si jamás hubiera sido cojo.

Al pasar, poco después, el doctor, por la sala de espera, repleta de público, una dama elegantemente vestida fué hacia él y le cortó el paso:

—Señor Lugatzy... Soy la señora de...

Era la misma dama que había con-

sultado a los mejores cirujanos; pero Lugatzy no le dejó terminar la presentación, diciéndole:

—No me importa quién sea usted, señora. Espere su turno, si le interesa... Aquí no hay distinción de clases, señora. Aquí no hay nada más que madres... con hijos paralíticos... Es preciso esperar el turno.

Aquella brusquedad, que iba envuelta en la más alta justicia, le era perdonada a Lugatzy por su clientela, y en su sala de espera se codeaban los loretos con los humildes faqueos de barrio o con los perdidoseros que dormían bajo los puentes.

Pasó visita a sus enfermos. El hijo de lord Pemburty, un niño de ocho o diez años, saldría también aquella mañana de su clínica, completamente curado de su parálisis.

Únicamente el doctor Ladd había consentido en acudir a la clínica de Lugatzy para dar fe de aquella maravillosa curación. Todos los demás médicos de la ciudad hacían en torno a Lugatzy el vacío más espantoso, y ninguno se hubiera rebajado por nada del mundo a confesar que las curas realizadas por aquel a quien ellos llamaban un "charlatán", un "intruso", un "falsario", fueran curas sorprendentes, en las que la ciencia médica nada tenía que ver.

—Gracias, doctor Ladd, por haber venido a mi clínica — le dijo Lugat-



zy al entrar en el cuarto del enfermito—. Supongo que estará usted persuadido de la curación.

—Persuadido y maravillado — contestó el doctor Ladd—. Le felicito a usted, Lugatzky.

—Gracias... Dígame a lord Pemburly que mis honorarios por la cura del niño son 350 libras.

—¿Trescientas cincuenta libras?... ¿No es una exageración?

—¿No es lord Pemburly exageradamente rico? — replicó Lugatzky, saliendo de la habitación para ir a ver a otro enfermito que también aquel día iba a salir de la clínica.

El enfermito era el hijo de un chofer de taxi, un pobre hombre que, casi llorando de emoción, besó las manos de Lugatzky, diciéndole:

—¿Cómo podré agradecerle... cómo podré pagarle lo que ha hecho usted por mi hijo?

—Ya le dije que no se apuraran por esto... que únicamente los cobraría los gastos ocasionados por la estancia del pequeño en la clínica... El niño ha estado internado en la clínica durante ocho meses... Bien, con cien libras quedará todo saldado — dijo Lugatzky, haciendo "in-mente" rápidos cálculos.

—¡Cien libras! — murmuró el pobre padre—. No soy más que un pobre taxista... Para mí, cien libras representan...

—¡Bah, no se apure usted! Si no puede pagármelas, guárdelas y compre usted buenos alimentos para su hijo — dijo Lugatzky, sonriendo al pequeño y saliendo antes de que hubieran podido darle las gracias aquellas humildes gentes.

Entonces volvió a entrar en el cuarto del pequeño lord Pemburly y dijo al doctor Ladd, que todavía estaba con el niño:

—Doctor Ladd, he cambiado de opinión respecto a mis honorarios.

—Lo suponía...

—Sí... he aumentado otras cien libras... ¿comprende? Ahora quedan fijados en cuatrocientas cincuenta libras.

—Pero, Lugatzky... usted no puede hacer eso... No es delicado... No es... correcto — murmuró el doctor Ladd, extrañado del modo de proceder de aquel hombre.

—Bien, convengo en que no será ni delicado ni correcto... Pero como yo no pretendo ser ni delicado ni correcto... pues ahí está el mal — contestó Lugatzky riendo, mientras pensaba que bien podía lord Pemburly pagar la estancia en la clínica del pobre chiquillo del chofer.

Aquella misma tarde, reunidos en la Academia de Medicina numerosos doctores, los más afamados, los más sobresalientes de la ciudad, escuchaban a su colega el doctor Ladd, que les había prometido visitar la clínica de Lu-

gatzy y darles cuenta de todo cuanto en ella viera.

—Caballeros — decía Ladd con voz firme, convencido de lo que estaba diciendo —, no podemos negar que Lagatzy es un hombre extraordinario...

—O audaz — interrumpió uno de los doctores.

—Quizá; pero lo que es evidente es que ha realizado curas maravillosas.

—Los curanderos siempre hacen curas maravillosas; por eso se habla tanto de ellas; y es que especulan con la ignorancia de las muchedumbres — aseveró Hellmore, que defendía con vehemencia a la clase, amenazada por aquel advenedizo.

—Desde luego, Lagatzy cuenta con una gran publicidad por parte de la prensa. ¡Es fastidioso que todos los periódicos se hagan eco de sus curaciones y que insistan en que se reconozca a ese... intruso!

—Y si no le reconocemos, y si no nos interesamos por sus inventos y sus curaciones extraordinarias emprenderá una campaña contra nosotros. Lagatzy no tiene escrúpulos y es capaz de todo.

El doctor Ladd, que, entre todos sus colegas, era el único que admiraba a Lagatzy, y que se interesaba de veras por sus investigaciones científicas, fuera de lo común, tras un breve silencio, indicó a sus compañeros:

—¿Y por qué no le invitamos a que venga a la Academia y así poder com-

probar la verdad de sus investigaciones?

—No podemos hacerle venir sin que nuestro Presidente, el doctor Sturdee, haya hablado con él—dijo uno de los reunidos.

—¡Sturdee no quiere ni oír mencionar el nombre de Lagatzy! — replicó con viveza el doctor Tollemache, gran amigo de Sturdee.

—Sin embargo, el doctor Sturdee estima en mucho las investigaciones científicas que en el terreno de la medicina y de la cirugía vienen a traer alivio a la humanidad.

—¿Oh, ya veo a Sturdee asociado a ese charlatán! — rió Hellmore, que se hablaba un poco de Sturdee, por su carácter insbordable y sus maneras impenetrables.

—¡Quién sabe!... ¿Acaso algún día lord "Mármol Frio" tenga que rendirse a la evidencia! — murmuró Ladd sumido en sus más hondas meditaciones.

—¿Lord "Mármol Frio"? — inquirió un médico que asistía por primera vez a las reuniones de la Academia.

—Sí; así llaman las enfermeras al doctor Sturdee... Cuando le conozca, comprenderá el por qué de este mote.

En aquel mismo momento, el llamado doctor "Mármol Frio" llegaba a su casa, a su casa señorial, elegante, distinguidísima, de supremo gusto y refinamiento, donde él vivía con su única

hija, la deliciosa Clara Sturdee, una vida de fingida felicidad, ya que el más cruel de los dolores laceraba el corazón del padre y de la hija: Clara Sturdee, bella, inteligente, sensible, de alma grande y con admirables dotes artísticas... ¡era cojita de nacimiento!

Sentada ante el piano, Clara Sturdee tocaba dulcemente bellas melodías, mientras varios amigos, muchachas y muchachos de su misma edad, jugaban alocadamente en el jardín, llegando hasta los oídos de la chiquilla sus gritos de júbilo, sus risotadas espontáneas, sus voces de alegría, que eran, para aquella criatura privada del placer del juego, como heridas vivas en su corazón.

Clara tocaba... Había entregado toda su alma al placer de la música. Su parálisis la retenía horas y horas sentada en una silla... Para distraer su forzada inacción, para encontrar un lenitivo al dolor profundo que le producía verse alejada de todos los placeres juveniles, buscó en el arte algo que elevara su alma a otras regiones y que le hiciera olvidar el dolor de su desgracia. Y la música, enseñadora, celeste, ponía en su vida de mujer toda sensibilidad, toda ternura, toda amor, el bálsamo incomparable de su encanto.

Era bella Clara Sturdee; de una belleza cálida y apasionada, dulce y sentimental al mismo tiempo. Sus grandes ojos negros tenían una luz interior tan

intima, que iluminaban todo su rostro con destellos incomparables. Ahora, vista así, con la mirada perdida en la lejanía, improvisando en el piano todo cuanto le dictaba su alma, parecía el hada de la música, el espíritu de la melodía, el ángel musical que hubiera bajado a la tierra para endulzar con sus sonos la vida de algún ser privilegiado.

Las risas que llegaban del jardín le hacían, de vez en cuando, volver el rostro hacia el gran ventanal que se abría sobre la terraza y desde el que dominaba el campo de tenis, donde sus amigos jugaban con entusiasmo. Sonreía suavemente al escuchar sus voces y en su sonrisa había tanta amargura, tan honda desconsuelo, que parecía iba a desbacerse en llanto. Pero Clara Sturdee no lloraba nunca delante de la gente. Llevaba con orgullo y con resignación su pena y únicamente a solas desahogaba en torrentes de llanto la angustia de verse imposibilitada, de verse distinta a las demás muchachas, de verse privada de todos los deliciosos placeres de la juventud.

De pronto, sintió que unas manos varoniles tapaban sus ojos, y, cesando en la música, tocó con las suyas aquellas manos, que en el acto había reconocido, con su finísima sensibilidad de mujer.

—Querida Clara, Averigua quién es...—dijo la voz viril y penetrante



de Mario Owen, del joven que desde hacía tiempo tenía para Clara Sturdee todas esas atenciones y galanterías que sólo puede tener el hombre enamorado con la mujer a la que ama.

Clara sonrió. No había tristeza en su sonrisa esta vez. Sonrió con esa deliciosa sonrisa que únicamente el amor pone en los labios.

—No sé... —dijo, tratando de alargar aquel delicioso momento en que las manos del hombre, puestas sobre sus ojos, le daban dulcísimo bienestar. —¿Es Robert Taylor? —inquirió, bromeando.

—No, nada de eso.

—¡Ah, entonces es mi adorado Gary Cooper!

—Tampoco...

—Pues, ¿quién Tommy Ferr...

—¡No, no, no! No aciertas —rió Mario, divertido también por el juego—. Tendrás que decirme tú el nombre.

—Me doy por vencida, entonces...

—Uno y único, Clara... ¡Mario Owen! —rió Mario, descubriendo los bellísimos ojos y mirándolos arrobado.

—¡Oh, no lo hubiera adivinado nunca! —replicó Clara, devolviendo la mirada apasionada a aquellos ojos que la contemplaban tan de cerca.

Mario se sentó a su lado, en el mismo taburete del piano, y le preguntó, ayudándola a recorrer el teclado:

—¿Cómo va esa música?

—¡Vaya una pregunta!... Una can-

ción escrita por Clara Sturdee... sobre letra del maestro "uno y único" Mario Owen, que aun no ha escrito una palabra. ¡Y lo peor es que se va a ensayar el próximo lunes! —rió Clara, que siempre echaba en cara a Mario su desidia por el trabajo.

—Lo siento, Clara. Y tienes razón de burlarte de mí... ¡Pero he estado tan ocupado con la nueva comedia musical!

—...y con las rubias que trabajan en ella—concluyó Clara, lanzando una mirada a Marta, una rubita que no dejaba a Mario en paz, una de las chicas del coro de la nueva revista musical, que se hallaba en aquel momento en casa de los Sturdee con los demás amigos de Clara y que había estado jugando al tenis con Mario.

—A ver... déjame oír lo que has compuesto... para ver si me inspira tu música la letra que hay que poner en ella—dijo Mario, queriendo desviar la conversación.

Clara no se hizo repetir el ruego y se puso a tocar su melodía, aquella melodía en la que había puesto su alma toda y en la que había frases de angustia, de dolor, de esperanzas y de ilusiones.

—¡Qué dulce es esta melodía! —suspiró una chiquilla deliciosamente romántica que, junto con todos los demás, se había acercado al piano para escuchar la música.

—¿Pero es que le gustan a alguien estas canciones tan terriblemente sentimentales? — preguntó Marta, la rubita que formaba parte del coro de la revista musical, y que no dejaba sossegar a Mario, envolviéndole en sus coquetuerías, en sus frivolidades, en sus mimos de niña caprichosa.

—Naturalmente que gustan — afirmó Clara con su dulce sonrisa—. Pero si tú quieres, la cambio por otra música que tú puedas comprender mejor, Marta—añadió, con una fina ironía que hizo reír a todos los presentes.

—Pues entonces, toca algo bailable.

—¡Sí, sí, toca algo que podamos bailar — rogaron otras, con la inconsciencia de la juventud, sin darse cuenta de que con ello hacían a Clara un daño irreparable.

—Pero, si Clara no debe saber tocar esos bailes.

Clara quiso serles grata y, sonriente, tocó un fox y contempló a todos sus amigos, que se lanzaban con deleite al baile, moviéndose ligeros sobre el suelo encerado, trenzando todos los pasos de la danza con maravillosa agilidad, hasta ir desapareciendo del salón.

Sin poder contener su angustia, Clara dejó de tocar, se levantó de su asiento, se apoyó en su bastón de parálisis y se acercó trabajosamente, arrastrando su pierna imposibilitada, hasta el gran ventanal que se abría sobre el jardín,

y se quedó contemplando el cielo magnífico, el panorama delicioso, toda cuanto la naturaleza tiene de bello y de romántico y que sólo sabe mostrar a los corazones verdaderamente sensibles.

En aquel mudo dolor contemplativo la sorprendió su padre, que le puso una mano sobre el hombro y le preguntó con dulzura:

—¿Qué haces, hija mía? ¿Contemplas el jardín?

—Sí, papá... — respondió Clara, volviendo su rostro, que estaba bañado en llanto.

—Nenita... — murmuró lord "Mármol Frío", que sólo ante su hija se deshacía de aquel aire de indiferencia y de frialdad que le había dado aquel nombre.

—Papá... no puedo acostumbrarme, no me acostumbraré nunca a mi desgracia — replicó Clara, confesando ingenuamente su dolor—. ¿No hay nadie que pueda hacer algo por mí?

—Hija mía... Ya has visto que todo se ha intentado... y que, desgraciadamente...

—¿Quieres decir que he de perder toda esperanza?

—Clara, hija mía... sería mucho mejor, por tu propio bien...

—¡No puedo! ¡No puedo renunciar a la vida!—gimió Clara desoladamente.

—Debes ser valiente, Clara. Los do-

tores de la vida hay que enfrentarlos con serenidad... Todo se ha intentado y nada hemos conseguido. Tiempo es ya de que te acostumbres a la idea...

—Señor — interrumpió en aquel momento el mayordomo—. El doctor Nathan desea hablar con usted.

—Voy en seguida. Perdóname, hija mía. No puedo desatender a mi colega y he de tomar el tren de las seis para ir a Newcastle.

—¿Estarás mucho tiempo ausente, papá? — preguntó Clara, secando sus lágrimas, no queriendo atormentar a su padre con el espectáculo de su dolor.

—Hasta mañana por la tarde. Tengo que hacer una operación muy importante. ¿Qué quieres que te traiga de allí? — le preguntó, besándola con ternura en la frente.

—¡Oh, no sé! Lo que tú quieras — replicó Clara con ternura.

El doctor Sturdee fué al salón donde le estaba esperando su colega.

—Buenas tardes, amigo mío. No pienso molestarle mucho — dijo el doctor Nathan, que se levantó al aparecer Sturdee.

—Usted no molesta nunca... ¿Qué desea de mí? — inquirió Sturdee con aquella seriedad, aquella frialdad con que trataba a todo el mundo y que le había hecho adquirir la fama de hombre insensible e impenetrable.

—Pues... vengo. Quisiera hablarle a

usted... Bien, quiero hablarle, en una palabra, de Lagatzy — dijo, después de algunos titubeos, el doctor Nathan.

—¡Lagatzy! — exclamó Sturdee, extrañado—. ¿Desea hablarme de ese impostor? Bien, ya sabe que prestaré siempre mi ayuda para echarle de la ciudad... Estaré encantado de poner toda mi influencia en este asunto.

—No, doctor Sturdee... no se trata de expulsar a Lagatzy... Vengo a rogarte que quiera concederle una entrevista.

—¡Jamás! — replicó Sturdee, inflexible.

—Pues, Lagatzy ha curado casos que nosotros, todos los médicos, habíamos diagnosticado incurables.

—¡Deberían prohibir a ese hombre el ejercicio ilegal de una profesión que no tiene! — gritó Sturdee, que se enojaba en cuanto le hablaban de aquel hombre, al que él calificaba de impostor, de falsario, de charlatán.

—¿Cree usted que pueden prohibirle... que cure enfermos? — inquirió el doctor Nathan, que venía influenciado por las curas maravillosas, que él mismo había comprobado.

—Que los cure, no; pero qué los cure sin conocimientos, sin tener una carrera, sin que dé explicaciones razonables de que tiene la seguridad de no equivocarse... y de dejarles paráliticos por completo...

—Pero, amigo mío, usted ha sido



siempre el primero en decir que nos debemos a la ciencia y que a la ciencia hay que sacrificarlo todo.

—¡A la ciencia, sí! ¡Pero lo de Lugatzky no es ciencia, es charlatanismo!

—¡Quién sabe!... Deberíamos cerciorarnos de ello. No comprendo su obstinación, doctor Sturdee.

—No es obstinación — dijo Sturdee mirando fijamente a su colega—. Tengo razones personales para ir en contra de charlatanes de la índole de Lugatzky... Tengo razones muy graves para hacer todo cuanto esté en mi mano a fin de evitar que caigan incautos en manos de gentes desaprensivas como Lugatzky... Usted conoce el estado de mi hija Clara, ¿verdad? Todos saben que esa criatura dulce, buena, cariñosa, que tiene derecho a la vida... ¡es coja de nacimiento! Pero lo que no sabe usted ni nadie, es el por qué se ha quedado coja mi hija, por qué está imposibilitada para toda su vida... Escúcheme, Nathan. La madre de Clara era joven y hermosa, tan joven como es ella ahora, tan hermosa como mi hija. ¡Era una niña a la que yo adoraba! Aquella mujer, que era una chiquilla, murió en el instante de nacer Clara. ¡Y me pareció que, al perderla a ella, lo había perdido todo!... Cuando aquello pasó, cuando el primer arranque de desesperada locura se hubo calmado, me trajeron a la niña... pero no pude ni mirarla, porque pensé que por su culpa

había perdido a la mujer a quien yo adoraba. Y la dejé en el campo, en manos de una nodriza... Luego me alejé de Inglaterra y me dediqué a viajar. Hice prácticas en el Este. Me fui a América... Y un día, después de algunos años, recibí una carta en la que se me decía que mi hija era muy bonita, inteligente, buena... pero que desde los tres años no podía andar normalmente, sino que andaba arrastrando uno de sus pies, pero que no debía preocuparme por ello, pues estaba ya en manos de un *buen curandero*...

—¿Y qué? — inquirió Nathan, viendo que Sturdee se interrumpía.

—Creo que entonces me di cuenta por primera vez de que era padre. ¡Al saber que mi única hijita estaba a merced de un charlatán, de un hombre sin escrúpulos, del peor enemigo que tenemos en nuestra carrera! Regresé al momento, pero entonces no había aviones que acortaran las distancias. Mi pobre hija tenía una luxación de cadera, de nacimiento...

—Cosa fácil y sencillísima de curar, si se hace con tiempo...

—¡Pero no se hizo! Y aquel charlatán ignorante había hecho imposible su curación con su insensato y desdichado tratamiento. ¡Mi hija, mi querida hija, aquella chiquilla tan hermosa, que se arrastraba hasta mí para besarme... sería siempre paralítica, sería una inválida para toda la vida! — ex-

clamó el padre, dejando que su desesperación asomara a sus vehementes frases.

Nathan le contempló con pesadumbre y, queriendo darle algún consuelo, murmuró, hondamente conmovido por la narración que acababa de escuchar:

—Clara no parece una inválida... ¡Es una mujer hermosa y espiritual, dotada de un gran talento, de una innata simpatía, de una dulzura incomparable!

—Sí, es verdad. Nosotros llegamos a olvidar su desgracia. ¡Pero ella no la olvida, no puede olvidarla!

—Doctor Sturdee, no sé si éste es el momento más a propósito para formular mi proposición, pero me creo en el deber de hacerlo. ¿Por qué no utilizamos el invento de ese hombre, de Lugatzky, para tratar de aliviar a su hija de usted?

Sturdee calló unos momentos y luego replicó, como si sus palabras fueran fruto de muchas horas de reflexión:

—Aceptaría cualquier sistema exento de riesgo, aun propuesto por ese Lugatzky, pero tengo miedo. Lugatzky usa un sistema peligroso. Usted sabe lo fácil que es atrofiar los nervios sensitivos de las piernas. Mi hija puede ahora caminar, aunque sea arrastrando su pierna y con ayuda de un bastón. Si le atrofiaba ese hombre los nervios sensitivos, se vería obligada a la inmovilidad absoluta. ¡Quedaría totalmente parálisis! No, no. Nathan, no me proponga cosas que no puedo aceptar. Conozco a los curanderos y no veré a ninguno. Odio a esos hombres. Si quieren, vayan ustedes y comprueben su sistema. A mí no me interesa en absoluto, la verdad.



\*\*\*

Lugatzky había examinado con detenimiento a la niña que ya examinaron los cirujanos más notables, la había estado observando cuidadosamente, con el detenimiento de un concienzudo hombre de ciencia, que no se arriesga a dar un paso sin tener la absoluta seguridad de que es el paso preciso para curar el enfermo que en él ha puesto su confianza.

—Lo siento muchísimo — dijo, cubriendo a la pequeña con una manta y dirigiéndose a la angustiada madre que había presenciado en silencio el largo reconocimiento—. No puedo hacer imposibles. Los milagros están fuera de mi alcance.

—Pero usted ha curado a enfermos que estaban desahuciados de todos los médicos... — suplicó la afligida madre.

—Sí, les he curado porque había posibilidades de curación. Yo sé bien mi oficio... y es todo inútil — replicó Lugatzky, con aquella brusquedad que le era natural, con aquella rudeza de hombre poco cultivado que no sabe de diplomacias y que llama a las cosas

por su propio nombre, sin pensar en el daño que puedan hacer.

—Pero... ¿por qué no lo intenta?... ¿Por qué no se arriesga? — rogó aún la pobre madre.

—No soy yo quien se arriesga, señora. Son usted y su hijita, sobre todo. Y yo no quiero intervenir en este caso.

En aquel momento unos gritos exasperados que venían de la sala de espera le hicieron abrir la puerta del cuarto de reconocimientos y salir a ver lo que ocurría. En su cochecito de inválido, un hombre de media edad increpaba duramente a Lugatzky a grandes gritos, ante la turbación y el asombro de todos cuantos estaban esperando su turno:

—¿Dónde está ese embustero? — gritaba el paralítico—. ¿Dónde está? ¿Me ha dejado inútil! Quiero avisarles a todos, a todos... Ha sido él quien me ha dejado paralítico para siempre... Antes de ponerme en manos de Lugatzky, podía caminar... ¡Ahora no puedo! ¡Es un estafador, un charlatán, un bu-

rra! — gritaba, lleno de cólera, el enfermo.

— Por favor, por favor — rogó Lugatzky, que había escuchado sin inmuntarse aquellos insultos.

— Antes de que tratara usted al capitán Wycherley — dijo uno de los señores que acompañaban al paralítico — podía éste, por lo menos, mover una pierna. ¡Ahora, ni siquiera puede hacer eso! Establáremos contra usted un proceso criminal.

— ¡Pero si este señor no tiene de qué acusarme! — replicó Lugatzky vivamente—. Yo no quería aceptar su caso. Estaba seguro de que era incurable. Pero él me imploró. Me dijo que cual no podía andar y que lo quería arriesgar todo. Que, de continuar de aquel modo, se moriría de hambre, porque no podía trabajar en nada... y que quería arriesgar las escasas posibilidades que pudiera haber... Y, por bondad, por compasión, porque llegaron a conmoverme sus palabras, comencé el tratamiento sin fe alguna, aunque luché con toda mi alma para proporcionarle algún alivio... Luché, y ¡perdí! No niego que perdí, pero yo ya le avisé antes de comenzar: yo ya le dije que no tenía cura su mal.

— Pondremos el hecho en conocimiento del colegio de médicos — gritó el paralítico, que estaba decidido a todo.

— Yo también — replicó Lugatzky,

que no sentía remordimiento alguno frente a aquel hombre—. Y dígales de mi parte que yo, a veces, también suelo equivocarme, como se equivoca un doctor... pero dígales también que empecé el tratamiento porque usted me lo suplicó en tal forma, que yo le creí bastante valiente para soportar la derrota, si ella llegaba, como yo temía y como desgraciadamente ha llegado.

— Bien... pero antes le daré a usted la respuesta que merece — gritó el enfermo, fuera de sí.

Y dió a Lugatzky un fuerte bofetón, que repercutió en la estancia, llena del silencio sobrecoigido de los que presenciaban la violenta escena.

Lugatzky no hizo el menor movimiento. Miró al infeliz con ojos acorados y le dijo, sin que ni un músculo de sus facciones pudiera delatar su indignación:

— Si en esto pudiera estribar su salvación... le permitiría que lo hiciera otra vez, y otra y otra... ¡hasta que se curase! Y ahora, buenos días — añadió, volviendo la espalda al enfermo, que se alejó prometiendo denunciarle.

Lugatzky, encerrándose con los que estaban esperando su turno en la sala de espera, les dijo con acento firme y sin vacilaciones:

— Oiganme... ¡todas ustedes, oiganme! Ya han escuchado lo que ese pobre hombre ha dicho. Oyeron su ad-

vertencia. Pues bien: si no tienen confianza en mí y creen que no voy a curarle, ahí tienes la puerta... ya pueden marcharse.

Nadie se movió de su asiento. Todos estaban como paralizados por la fuerza magnética de aquellos ojos que les miraban fijamente, de aquella voz que pronunciaba las palabras con energía, de aquella voluntad de acero que se imponía, sin saber cómo, a las multitudes.

Lugatzky dulcificó la expresión al ver la actitud de sus clientes y murmuró, casi emocionado:

—Muy bien... Gracias.

Volvió a entrar en el despacho, desde el que la madre desventurada había escuchado toda la conversación, y le dijo con una ternura que nadie pudiera haber sospechado en él:

—Ya lo ha oído usted, señora... ¡Lo siento mucho, pero el caso de su hija sería un segundo fracaso... y no puedo exponer a esta niña a quedar parálitica para siempre!

—Gracias, señor, gracias por haberme dicho la verdad— replicó la señora con la voz húmeda de lágrimas, mientras la niña sonreía a aquel hombre que le inspiraba confianza y que casi, casi le hacía olvidar su desdicha con una sola de sus miradas llenas de compasión y de ternura.

Al día siguiente, Lugatzky estaba citado en la Academia de Medicina, para

exponer sus teorías ante los más afa-  
mados médicos de la ciudad. Unica-  
mente Sturdee no asistiría a la reunión.  
Sus colegas habían elegido aquel día,  
en que sabían que él estaba ausente de  
la ciudad, para convocar al curandero  
sin la aquiescencia del Presidente de  
la Academia.

Todos los médicos habían acudido  
puntuales a la cita, curiosos de cono-  
cer los métodos empleados por aquel  
advenedizo, que en poco tiempo se ha-  
bía hecho el dueño en su especiali-  
dad, sin más conocimientos que los de  
una práctica asombrosa y los de un  
poder excepcional que se veían forza-  
dos a reconocer todos aquellos hombres  
de ciencia.

El doctor Tollemache consultó su re-  
loj e hizo un gesto impaciente:

—Cinco minutos retrasado... ¡Era de  
suponer! No puede exigirse delicadezas  
a esa clase de gente. Comprendo que  
Sturdee no haya querido venir a ha-  
blar con ese hombre...

—¿Qué nombre ha dado Sturdee a  
esa fantástica invención de Lugatzky?...  
—preguntó otro de los médicos.

—Le llama "la silla del tormento de  
Lugatzky".

—Sí, pero lo que Lugatzky quiere es  
publicidad, sensacionalismo, nada más  
que eso... y el público pica en sus em-  
bustes. Ese hombre es un embaucador,  
un loco, un atormentador de fanáticos



que muchas veces curan únicamente por sugestión...

El doctor Laid, que era el mudo admirador de aquel hombre al que todos detraían, intervino diciendo:

—Yo he visto de cerca ese aparato, y, la verdad, no hubiera sabido cómo llamarle. Es una silla con un complicado mecanismo eléctrico, que extien-

de, a la vez que endereza, los huesos deformados.

—¿Cómo podría llamarse?... Una litera ambulante... automática, de extensión eléctrica, para la reducción de traumas o deformaciones congénitas... e inclinaciones raras... — sugirió el doctor Hellmore, que seguía burlándose de Lagatry, de Sturdee y de todos sus compañeros.

...

Lugatry, convencido de la hostilidad que había de hallar en la reunión del Colegio de Médicos, decidió llegar a la realización de un atrevido plan, fuera como fuese. No estaba acostumbrado a dejarse vencer por la vida. Siempre, hasta entonces, había sido él el vencedor.

Al llegar a su clínica, preguntó a la enfermera:

—Dígame, señorita, ¿la señora Coats se ha marchado ya?

—No, señor; está aquí aún.

—Pues mándemela en seguida.

La señora Coats era una cliente de Lugatry, una pobre mujer que había estado durante muchos años paralítica y a la que él, a fuerza de paciencia, desvelos y cuidados, había logrado hacer andar con bastante normalidad.

—¡Oh, mi querida señora Coats!— exclamó Lugatry cuando la pobre mujer entró en su despacho—. Siéntese y escuche bien lo que voy a decirle. Yo la he curado a usted, ¿no es cierto?

—Sí, señor, sí... usted me ha curado, claro está, ¿Qué es lo que quiere de mí?

—Le diré... verá... Usted me ha costado dinero, mucho dinero. Usted es una pobre mujer que no me ha podido pagar ni un penique por su curación... y yo lo que tengo que decirle es que quizá no me será posible continuar como hasta ahora su tratamiento, a no ser que...

La pobre señora Coats se puso a temblar y, con la voz entrecortada por los sollozos, murmuró:

—Señor Lugatry... usted no puede hacer eso. Ya sabe usted lo que es para mí dejar el tratamiento. Usted mismo me lo dijo... que si lo dejaba, volvería a quedarme paralítica. ¡Oh, señor Lugatry, usted no puede, no puede en modo alguno dejarme así!

—No, ya lo sé; pero las circunstancias que atravieso son difíciles... y si usted no logra encontrarme un paciente rico, que pueda pagar por él y por usted... —insinuó Lugatry, mirando a la señora Coats para darse perfecta cuenta del efecto que le producían sus palabras.

—Pero yo no conozco a nadie que sea rico, señor Lugatry.



—Oiga... ¿no ha oído usted hablar de la señorita Clara Sturdee? — preguntó Lugatry, yendo directo a lo que se había propuesto.

—No.

—Pues ahora la conocerá. Vive en Hampstead... Voy a llevarla a usted allí ahora mismo. Va usted a presentarse a ella... y le dirá que yo soy un genio, una maravilla, un milagro vivo.

—¿Y por qué no se lo dice usted directamente como se lo dice a todo el mundo? — inquirió la señora Coats con ingenuidad.

—¡Ah, porque con Clara Sturdee todo ha de ser diferente! ¡Quiero que se lo diga un enfermo de los que yo he curado y que vaya el mismo enfermo a verla, para que ella se dé cuenta de cómo yo curo a los imposibilitados! Bueno, aguardé un momento, que voy a escribirle una carta de... de presentación.

Trazó unas líneas, las puso dentro de un sobre, tomó a la señora Coats de la mano y le dijo:

—Vamos.

Lugatry era hombre de acción: entre su idea y la realización de la misma no acostumbraba dejar espacio para que la reflexión pudiera hacerle desistir de sus planes.

El auto les condujo hasta la puerta misma de la casa del doctor Sturdee, y allí se detuvo. Lugatry dió a la señora Coats las últimas instrucciones, y como

ésta, presa de un miedo irresistible, se resistiera a obedecer, abrió él mismo la portezuela, la obligó a apearse y la empujó hacia la escalera, haciéndole signos para que llamara sin más vacilaciones.

Obedeció a regañadientes la buena mujer y, cuando la camarera salió a abrir, se le entorpeció la lengua y únicamente pronunció palabras entrecortadas:

—Yo quería decirle... pues... je, jeje, que... es decir...

La doncella, creyendo que se trataba de alguna maniática o de alguna pobre que venía a pedir limosna, replicó, cerrando la puerta de nuevo:

—Otro día, hermana.

En el salón del piano estaba Clara Sturdee con Mario Owen, con aquel muchacho que era su amparo, su consuelo, su ilusión en las horas largas y duras a que la obligaba su cojera a estar recluida en su casa. Aquella tarde, ensayaban la canción que iban a componer en colaboración: versos de Mario con notas de Clara... ¡Lo sublime expresado en los dos más hondos sentimientos de la humanidad: la música y la poesía!

—Vamos a probar otra vez la frase —decía Mario después de haber tarareado los versos que la música le iba inspirando—. No, no, otra vez. No saca bastante bien... Probemos de nuevo.

Clara no se cansaba de repetir la

frase musical y entornaba los ojos para escuchar mejor la voz de Mario, que decía apasionadamente las estrofas de la canción.

Ni Clara ni Mario se dieron cuenta de que una desconocida había logrado entrar en la casa y se adelantaba hacia ellos, seguida muy de cerca por la doncella, que en vano quería evitar su entrada en el salón.

La señora Coats, azuzada por Lugatsy, había entrado en la casa y corría hacia Clara, gritando:

—Señorita, necesito hablar con usted... escúcheme, por piedad... Es una cuestión de vida o muerte para mí.

—¿Pero qué hace usted aquí? — gritaba la doncella, siguiéndola. — ¿No le he cerrado la puerta ahora mismo?

—Sí... me ha cerrado la puerta principal, pero he entrado por la puerta excusada del jardín. Señorita, necesito hablar con usted... — suplicó mirando a Clara, que se había quedado en suspenso a mitad de la frase musical y que miraba extrañada a aquella mujer que venía a rogarle ser atendida.

—Señorita... ¿quiere que llame a la policía? — preguntó la doncella, viéndose impotente para hacer salir a la intrusa.

—Agüarda un momento — dijo Clara, mirando fijamente a la señora Coats. — ¿Qué desea de mí?

—Por favor, señorita... Vengo a hablarle de una persona que la va a co-

rar si tiene usted fe en ella... Tal vez digan que es un farsante, pero yo le aseguro que cura a los enfermos... que hace mover los miembros, tumefactos... ¡Fíjese! El me curó a mí — dijo la señora Coats, haciendo algunas piruetas de baile—. ¡Esta pobrecita que hoy habla ante usted, tuvo que usar muletas durante quince años!

—Acérquese... diga — replicó Clara, interesada con aquella visita inesperada, después de haber consultado con sus ojos a Mario, que le había hecho un signo de aprobación.

—Gracias, señorita... es usted muy buena. El me encargó que le dijera que es un genio... que no le asusta ninguna cura, por difícil que sea, mientras el enfermo ponga en él su fe... Y que, además, puede curarla a usted, como me ha curado a mí, y que, además...

—Bueno, bueno, calma — dijo Mario, viendo la creciente excitación de la pobre mujer—. Explíquese usted con calma. ¿Quién le ha mandado aquí?

—El señor Lugatsy... Está fuera, esperando, en el coche... El quiere curarla a usted, señorita.

—¿Lugatsy? — preguntó Clara, con un vago acento de extrañeza.

—¿Lugatsy? — inquirió Mario, recordando aquel nombre—. ¿Es eso a quien hacen tanta propaganda los periódicos?

—El mismo, sí, señor.

—¿El hombre que ha patentado un aparato de su invención? ¿Es él quien le ha dicho que viniera usted?

—Sí, señor, porque con ese aparato me curó a mí y quiere convencerlos a ustedes de que es verdad que puede curar también a la señorita.

—¡Clara! — exclamó Mario, mirando a aquella criatura bellísima, hacia la que sentía una honda compasión y una ternura infinita—. ¿Por qué no hablas con ese hombre? Quizá sería conveniente que te viera...

—Sí, sí, señorita, recíbele usted, aunque sólo lo haga por mí — rogó la señora Coats con voz suplicante.

—¿Le ha ofrecido a usted mucho dinero por este peso que ha dado usted contra su voluntad? — preguntó Clara con un poco de amargura.

—No, no, señorita, nada de eso... Sólo me ha dicho que me firmaría esta carta—dijo la señora Coats, entregando a Clara la carta escrita por Lagutzky.

Clara leyó:

*Yo, Antonio Lagutzky, me comprometo y le garantizo el tratamiento completo que en plénum requiere y la asistencia médica que le precisa, si me proporciona una entrevista con la señorita Clara Sturdee.*

Clara alzó los ojos y miró a la señora Coats, que dijo:

—Si usted no quiere verle ni hablarle, me ha asegurado que suspenderá el tratamiento... ¡y entonces me quedará parálitica para siempre!

—¿Qué perversidad!... — murmuró Clara, horrorizada de los métodos empleados por aquel hombre, al que odiaba sin conocerle.

La señora Coats, con una vehemencia inusitada, siguió diciendo:

—La verdad, señorita, aunque sólo sea por mí, tiene que recibirle... ¡Usted no sabe lo que es ser parálitica!... ¡Es horrible! ¡Usted no sabe cuánto se sufre!

—¿Que yo... no lo sé? — preguntó Clara con una amarga sonrisa, mientras se le cuajaban los ojos de lágrimas.

—No... usted es rica y usted no puede saber lo que es verse obligada a trabajar cuando los miembros se niegan a obedecer... Usted puede estar en la cama toda la mañana y luego salir a pasear en un lujoso automóvil, destumbando a los pobres que tenemos que ir a pie, temqueando, exhibiendo nuestro propio mal. ¡Usted no sabe lo que es haber sido parálitica, como lo he sido yo, y verse al borde de serlo de nuevo si ese hombre me abandona! ¡Oh, no sabe usted cuánto he sufrido, no lo sabe usted!—lloró desoladamente la señora Coats.

Sintió Clara que una oleada de compasión la invadía. Aquella mujer tenía razón: era más desgraciada que ella, aunque ella sintiera todo el



dolor de verse privada de los más caros dones de la vida.

—¡Pobrecita! — murmuró tomsado la mano de la pobre mujer—. No llore... ¡Le recibiré! ¡Sóla por usted le recibiré!

—¿De veras, señorita? — preguntó la Coats con un júbilo inmenso e incontenible—. ¿Hablará usted con él?... Gracias, señorita... gracias...

Clara ordenó a la doncella:

—Acompaña a esta señora y haz entrar al hombre que la espera afuera.

—¡Clara! — exclamó Mario cuando se quedaron solos—. ¡Clara mía!... ¿Verdad que sería maravilloso que él pudiera curarte?

Clara movió la cabeza tristemente, reconcentrada en su propio dolor, en su amarga angustia, y replicó con desaliento:

—Mario, no hay que hacerse ilusiones... Es inútil... Todos los médicos han dicho que no había esperanza... Le recibo para salvar a esa pobre mujer.

—Pero... ¿tienes que intentar curarte... tendrías que probar ese método que todos dicen es maravilloso... ¿O es que no te importa tu situación? — preguntó Mario, que hubiera querido ver la alegría brillar en aquellos ojos tan bellos y que siempre estaban tan tristes.

—¿Que si me importa? ¡Oh, sí, mucho, mucho! — exclamó Clara con exaltación—. ¡Mi vida es tan triste!... ¡Quisiera gozar de toda la alegría que

hay en la vida, correr, como corren mis amigos, bailar, como bailan ellas, sentirme admirada y amada... como lo son ellas, sin encontrar ese fondo de compasión y de lástima que encuentro en todas las miradas... hasta en la de mi padre... ¡hasta en las tuyas, Mario de mi vida!

Se quedaron los dos un buen espacio de tiempo silenciosos y absortos en sus propios pensamientos. Teñían las manos enlazadas, Clara sonrió con infinita dulzura y murmuró, como si hablara consigo misma:

—¿Hay sensación más agradable que... mover ahora un pie... después el otro... sin necesidad de bastón... sin arrastrarse... sin despertar la lástima de los demás?... ¿Hay nada más bello que mover los pies con la misma facilidad con que muevo mis manos? ¡Oh, si algún día pudiera andar como andan los demás!... ¡Si un día pudiera bailar tan bien, que siempre quisieran bailar conmigo!... Bailar, bailar, hasta que la música se adueñara de mí... con su dulce armonía..., ¿no sería muy hermoso, infinitamente hermoso?

Sus ojos se perdían en la lejanía, soñadores y vagos, pensando en cosas imposibles, cuando la voz de la doncella la sacó de su abstracción:

—Señorita Clara... éste es el hombre que esperaba en la calle...

Alzó Clara los ojos hasta Lugatsky y se encontró frente a un hombre joven,

vestido con correcta elegancia, con una flor en el bojal de su chaqueta y el sombrero y el bastón en las manos, que la miraba y la sonreía como si se tratara de una antigua amistad.

Clara no quiso dejarse dominar ni por la mirada, ni por la simpatía que de ella emanaba, y dijo con acento tajante:

—Buenas tardes, señor...

—Lugatzy... Antonio Lugatzy, señorita Sturder — replicó Lugatzy sin turbarse por el tono seco en que era recibido.

Y se adelantó hasta Clara, mirando a Mario. Clara presentó:

—El señor Owen.

—Encantado — replicó Lugatzy entregando con desenfado el sombrero y el bastón a Mario y tendiendo una mano a Clara que apenas le rozó los dedos.

—Ha dicho usted que si le recibía firmaría esta carta — dijo Clara, mostrando el papel que había dejado sobre el pino.

—¡Ah, sí, es cierto! — replicó Lugatzy sin reparar en el papel y mirándola fijamente a Clara.

—Ya le he recibido a usted... Firmela, pues — ordenó ella, en tono cada vez más seco.

—Lo voy a hacer ahora misma, para que usted ponga toda su confianza en mí, señorita... Y ahora, ya está...

ya le doy ese papelito... y usted lo guarda en su escritorio...

—No hay ninguna necesidad... pero si usted lo desea... — murmuró Clara, tomando el papel; y, levantándose trabajosamente y cruzando el salón apoyada en su palo y arrastrando su pierna inútil, fué a guardarlo en su escritorio, mientras preguntaba:

—¿Por qué ha asustado a aquella infeliz mujer?

—Pero ¿cree usted que es verdad lo que dice la carta? — preguntó Lugatzy mirando fijamente los movimientos de Clara al andar—. Tenía que hacérselo creer a ella, porque si no no hubiera conseguido una entrevista con usted, que era lo que a mí me interesaba.

Clara se volvió y se sintió violenta con la insistencia de la mirada de Lugatzy que espía el menor de sus movimientos, aun cuando se quedaba parada, apoyada por entero sobre su pierna derecha.

—¡No me mire así! — exclamó Clara dolida por aquella insistencia—. Me está usted examinando como si fuera un médico.

—Está bien — contestó Lugatzy, sin dejarla de mirar—. Acompañela usted hasta el sofá — indicó a Mario.

Y cuando Clara se hubo sentado, observada de cerca por la mirada penetrante de Antonio Lugatzy, dijo éste con una sonrisa de triunfo:



—¿No necesito mirar más!... ¡Ya sé cuanto quería saber!

—¿Podría usted curarla? — inquirió Mario con la ansiedad reflejada en su semblante.

—He curado casos peores... Pero antes de comprometerme, quisiera hablar a solas con la señorita Sturdee.

—Estará bien... Cuando me necesites, querida, no tienes más que llamarme... Estaré en la sala contigua — dijo Mario, retirándose discretamente para dejar a solas a la enferma y al hombre de las curas maravillosas.

Lagatzky se sentó al lado de Clara, la miró fijamente a los ojos y le dijo con energía mezclada a una gran dulzura, a la dulzura que empleaba cuando hablaba a los niños enfermos para convencerlos y hacerles más suave el dolor a que les iba a someter:

—Señorita Sturdee... yo sólo puedo curarla si usted desea de veras restablecerse... y de eso no estoy muy seguro... He penetrado en su alma... y su alma ama el sufrimiento. Sí, no me mire con esos ojos asustados... Antes de conocerla a usted me pregunté mil veces: "¿Cómo será Clara Sturdee?" Y para conocerla me puse a escuchar su música, a saborearla, y la escuché en un tono muy leve, muy apagado, procurando penetrar en ella a través de sus incomparables armonías... ¡y escuché en ella la voz de su corazón y

comprendí todo lo que su corazón decía!

—¿Y qué oyó? — preguntó Clara dominada ya por el tono de la voz de Lagatzky, por su mirada potente, por aquella voluntad que sabía penetrar hasta lo más íntimo de las almas y adueñarse de ellas.

—Escuché... — siguió diciendo Lagatzky con los ojos entornados, como si hablara de corazón a corazón — que no es usted una santa... que su música no es un himno celeste... que hay en ella algo diabólico, arrebatador, fogoso, turbador...

—¿Es usted un crítico ideal? — sonrió Clara.

—No soy crítico musical, sino analista de almas... y en su música hay pasión, hay fuego en sus melodías, en las que deja desbordar todo su temperamento.

—Supongo que no habrá venido usted a discutir mi música — dijo Clara, un poco turbada por las palabras de aquel hombre extraño.

—No; pero quiero decirle una cosa... Durante toda su vida ha puesto en la música lo mejor de sus sentimientos, sus pasiones, sus anhelos, sus afanes, sus ilusiones... Pues bien... si yo la cura podrá casarse... y entregar al hombre que ama, todo ese incomparable tesoro que lleva escondido en su pecho y que ahora da a la música...

porque no tiene a nadie mejor a quien entregarlo.

Clara frunció el ceño. No le gustaba que le pusieran al descubierto, tan vivamente, lo más íntimo de sus sentimientos, lo que ella había estimado haber llevado siempre con el mayor recato. Volviendo a su tono duro indicó:

—Me parece, señor Lugatry, que todo cuanto ha dicho era innecesario...

Lugatry siguió la dirección de las miradas de Clara y se fijó en un retrato de Mario Owen, que estaba colocado sobre una mesita auxillar. Sonrió.

—Es simpático ese muchacho — dijo —. Desearía usted casarse con él, ¿verdad? No me conteste; yo sé lo que usted piensa... Piensa que otra mujer cualquiera puede gustarle más que usted... ¡cualquier otra que no tenga un defecto físico que compadecer!... Quizá le gusta más una rubita... con mucho menos encanto y talento que usted... sólo porque a pesar de no tener cabeza... puede mover libremente sus pies... ¡Y tiene usted razón!

—¿Qué falta de delicadeza! — murmuró Clara, dolida de que aquel hombre leyera tan ciertamente sus pensamientos.

—Perdóneme... La delicadeza no es mi flaco... Soy, según la ciencia médica que hoy mismo me ha calificado, una acémila... Pero yo le juro a usted que no le diré que puedo curarla... si

no estoy seguro, absolutamente seguro de ello... ¿Por qué no probamos?... ¿Por qué no se confía a mí sin vacilar?

—¿Sin la ayuda de un doctor? — preguntó Clara que comenzaba a titubear, bajo la fuerza magnética de aquel hombre que tenía un poder especial sobre los enfermos.

—Sí, sin ningún médico, sin la ayuda de nadie... ni de su padre...

—¡Oh, por nada del mundo haría esto!... Creo que ya no tenemos nada más que decirnos... Puede usted marcharse... — ordenó Clara.

—Está bien... Volveré cuando me llame — dijo Lugatry disponiéndose a salir.

—¡Jamás! — afirmó Clara resuelta.

—No, no, claro está... pero por si acaso... le dejo mi tarjeta... y no olvide que si algún día confía en mí... su cojera habrá terminado... y no habrá más sollozos a escondidas... ni más desesperaciones a solas... ni más ansias en la magnífica grandeza de esa alma que tiene usted y que se debata en el más terrible de los caos...

Fué a salir, pero al llegar a la puerta retrocedió lanzando un "¡Oh!" débil. Recogió el sombrero y el bastón que había olvidado sobre la mesa, y salió definitivamente de la salita de música en donde quedaban Mario—que

se le había reunido—y Clara, amorosamente enlazados.

Mario miró fijamente a Clara, con una mirada nueva, desconocida, desconcertante. Ella bajó los ojos confundida y murmuró:

—No me mires así, Mario... No me mires como si te dieras cuenta por primera vez de que soy una mujer...

—Es que te imagino... como él podría dejarte si te curara...

—No me hables de ello... Debemos olvidarlo... Es un charlatán... No puede ser verdad lo que ha dicho... Ayúdame a olvidarlo, Mario mío, para que no se me haga tan dura la existencia — suplicó Clara, recostando amorosamente su cabecita cargada de enaños en el hombro de Mario.

—Lo que tú necesitas, chiquilla, es animarte — dijo él mimándola como a una nenita enferma—. ¿Quieres que vayamos al campo a pasar el domingo?

—¡Al campo!... ¡Oh, Mario, allí estoy tan descentrada! — suspiró Clara pensando en que todos podrían correr y gozar mientras ella tendría que estar sentada.

—¿Descentrada?... ¿Hasta conmigo?

—No, contigo no — susurró Clara, sonriendo halagada.

—Pues entonces...

Asintió Clara y el domingo, conducida en el auto de Mario, Clara fué con

él a las afueras de la ciudad, hasta el Club de Deportes donde se reunían todas sus amigas cada domingo para divertirse y gozar de cuanto a ella le estaba prohibido.

—¿No estás contenta de haberme hecho caso? — preguntóle Mario viéndola ya sentada ante una de las mesitas de la terraza que rodeaba la piscina en donde nadadores y nadadoras se disputaban la supremacía de los saltos, de los chapuzones, de la velocidad, de las locuras más insospechadas, mientras las carcajadas se confundían con el cascabeleo del agua agitada por los brazos y las piernas de los que se lanzaban a ella desde el trampolín.

—Sí, sí, estoy contenta — murmuró Clara un poco tristemente—. ¿Es todo tan lindo, tan maravilloso!

—¿Y no te encuentras descentrada?

—No... a tu lado no... A tu lado todo cambia, Mario — murmuró Clara mirando al joven amorosamente.

El le estrechó la mano comprensivo y le devolvió la mirada. Clara olvidó por completo, al fundirse en aquellos ojos adurados, su propia desgracia, y dijo, con una vocecita tenue, como si fuera desgarrando el hilo de sus pensamientos:

—Muchas veces, mientras campongo misita pensando en ti... no me siento inválida... y vuelvo hacia arriba mi imaginación y oigo una voz tierna y com-



pasiva que me dice: "Es una pena que esté usted así"...

—Nadie lo dice, Clara.

—Sí... muchos desconocidos lo comentan cuando me ven andar... Por eso prefiero quedarme en casa y hacerme la ilusión de que olvido que soy una inválida — replicó Clara con infinita amargura.

Todos los muchachos y muchachas se habían lanzado al agua y jugaban a pelota dentro de ella llenando el silencio del campo con sus voces, sus risas, sus gritos. Allí estaba, entre ellos, Marta, la rubita que formaba parte del coro de la revista teatral en que Mario colaboraba.

—¡Mario! — le gritó — ¡Mario!... Ven a jugar conmigo al agua... Vamos a pelear y ver quién triunfa... Tú serás mi contrario... Y tú, Clara, serás el árbitro.

—No, no, yo prefiero quedarme aquí — replicó Clara, que siempre era reacia a moverse ante público numeroso exhibiendo su cojera.

Pero ante la insistencia de Mario, se acercó a la piscina, sentándose a alguna distancia de la misma.

Todos se lanzaron al agua y comenzaron los campeonatos. Clara reía olvidada de su propio mal, divirtiéndose al ver como se divertían los otros.

Dos señoras que estaban cerca de ella, comentaron, mirándola:

—¡Qué bonita es esa muchacha!

—Preciosa... Tiene unas facciones perfectas y una dulzura tan grande de expresión que puede calificarse sin duda alguna como la muchacha más bella del Club.

En aquel momento la pelota de los nadadores salió disparada hacia el lugar donde estaba Clara, yendo a parar, de rebote, hasta las dos señoras que comentaban la belleza de la muchacha.

—¡Eh, Clara, tíranos el pelotón! — le gritó Mario desde la piscina.

—Voy en seguida — contestó Clara poniéndose en pie y caminando apoyada en su bastón hacia el lugar donde estaba la pelota.

Las dos señoras se pusieron en pie con un gesto de compasión y mirando a Clara con pena, le dijeron:

—¡Oh, qué lástima que sea usted cojita!... ¡Estaba tan preciosa sentada!

—¿Es de nacimiento su mal? — inquirió la otra dama, mirando compasivamente a la muchacha.

El rostro risueño de Clara se contrajo en una expresión de angustia y sus labios murmuraron, dolorosamente:

—¿No han amargado ustedes nunca la vida a nadie?

—No... ¿por qué? — preguntaron aquellas dos señoras, desconcertadas por la pregunta.

—Porque... acaban de hacerlo — replicó ella.

Y se alejó, cojeando, todo lo de

prisa que le permitía su paso vacilante. Se metió en su auto y, procurando contener sus lágrimas, dió orden al chofer de que la condujera a su casa.

\*\*\*

Aquella escena la hizo decidir. Todó menos continuar viviendo con la terrible amargura de verse compadecida por todos y verse privada al mismo tiempo de todos los sanos gozes de la juventud. Era preciso luchar... probar por todos los medios aquella curación que le decían imposible... tentar la suerte.

Lugatry fué llamado telefónicamente a casa del doctor Sturdec. Clara le recibió. Su padre nada sabía de su determinación, pero ella estaba resuelta a probar aquel método que tanta fama estaba adquiriendo, a tentar al destino entregándose en manos de un curandero... ¡Ella, la hija del mejor cirujano de la ciudad!

Lugatry examinó todas las radiografías que los médicos más afamados de Europa habían hecho a Clara. Las examinó detenidamente como pudiera hacerlo un doctor, y luego la miró a ella con simpatía y ternura. ¡Le daba pe-

na aquella chiquilla condenada a la imposibilidad, a la cojera, a la desesperación!

—Me las hizo en Viena el Profesor Lorenz — explicó Clara que había permanecido silenciosa mientras Lugatry examinaba las radiografías.

—Sí: son magníficas, detallan la verdad sin género de dudas... Yo sé que Lorenz es un gran médico... ¿Qué opinó él de su caso?

—Que me curaría si tuviera menos de diez años, pero que los huesos estaban ya ahora demasiado formados para intentar una regeneración de su contextura. ¿Usted cree que puede hacer algo por mí? — preguntó Clara, mientras miraba al mismo tiempo a Mario que la acompañaba en aquellos momentos y que había sido quien la animara a dar el paso decisivo de entregarse en manos de Lugatry para intentar una posible curación.

—Claro que sí — repuso Lugatry con firmeza.

—¿Cuánto tiempo duraría mi tratamiento?

—Un año aproximadamente... Un año tendida en mi silla eléctrica.

—¡Un año! — suspiró Clara pensando en el terrible sacrificio que ello representaba—. ¡Un año!... ¿Y después?

—Después yo le diría...: "Levántese y ande!... Y sería usted la más bella criatura de la tierra..."

Clara volvió sus magníficos ojos a

Mario y le dirigió una dulcisima mirada de júbilo y esperanza que el muchacho compartió estrechándole la mano y diciéndole, animoso:

—¡Clara!... ¡Querida! ¡Qué dichosos seríamos los dos entonces!, ¿verdad?

—Sí... Pero no puedo creer en todo ese cuento de hadas... hasta que papá me diga que puedo confiar en ello.

—Su papá seguirá diciendo que yo soy un impostor y un falsario... Le diré que miento.

Calló Lugatzky porque en aquel momento entraba en el salón el doctor Sturdee, yendo directamente hacia su hija, a la que besó con ternura mientras le decía:

—Mira, pequeña, mira lo que te he traído... ¿Te gusta? —inquirió, entregándole una hermosa joya.

Clara la miró distraídamente y replicó:

—¡Oh, gracias!

Pero se notaba bien que su pensamiento estaba en otra parte.

Lugatzky se había retirado prudentemente y estaba ante el piano ejecutando en tono tenaz una de las composiciones musicales de Clara.

—¡Ah, pequeña, así me gusta!—exclamó Sturdee mirando a Lugatzky a quien veía por primera vez en su vida—. ¿Te has buscado quien te ayude en tus composiciones? ¿Quieres presentarme?

—Papá... —murmuró Clara un poco vacilante—, el señor no es ningún músico... Es...

—Antonio Lugatzky —dijo éste presentándose a sí mismo al ver la creciente turbación de Clara Sturdee.

—¿Lugatzky? —preguntó el médico frunciendo el ceño—. ¿Es ese... que construye aparatos eléctricos?

—Y el que hace con ellos milagros —añadió Lugatzky con aquella despreocupada ironía con que hablaba siempre que se enfrentaba con alguno de sus detractores.

—¿Puedo preguntarle qué está usted haciendo en mi casa? —preguntó Sturdee, mirando con desdén al intruso.

—He venido a poner mis servicios profesionales a los pies de su hija.

—No los necesita —afirmó el doctor Sturdee con duro acento.

—Yo creo que sí... Fíjese en ella... Ahí está, de pie ante nosotros, mostrando la deformación de su cadera, mirándonos con sus bellos ojos entristecidos por esa deformación que la priva de vivir como viven las demás muchachas de su edad... ¿Usted puede curarla?

—La ciencia nada puede... No la puedo curar ni yo... ni nadie —dijo Sturdee bajando la cabeza con desaliento.

—Entonces yo no soy nadie... pues-





—Ya han escuchado lo que ese pobre hombre ha dicho...



...estaba Clara Sturges con Mario, con aquel muchacho que era su amparo...



—¡Esta pobrecita que hoy baila ante usted tuvo que usar muleros durante quince años!



—Encantado—replicó Lugatzy entregando el sombrero y el bastón a María...



—...si ya la curó podrá casarse.



—Ven a jugar conmigo... Vámonos a pelear...





—¡Salga de mi casa!

—Sí, pero no quisiera dejar a su hija.



—¡Es una locura lo que vas a hacer!



—Hoy que tener fe y el triunfo será nuestro.



—Mira... Vamos a felicitar el Año Nuevo...



...se habían escuchado ya los nombres de Marta y Mario...



—Esta criatura necesita amor... su amor...





—Si María estuviera aquí podría elegir uno y sería el más bonito.



—...has llegado tarde... y el señor Ligutzy me ha ayudado a elegir.



—Está muy excitada... Debe calmarse...



...pensando que el verdadero milagro lo había hecho el amor...

to que yo la curaré.— replicó Lugatzky con desenfado.

—¿Cómo? — inquirió Sturdee, extrañado de los modales de aquel hombre que no se turbaba por nada ni por nadie.

—¡Ah, señor mío, esto no se lo diré!... Sería tanto como vender a muy bajo precio mi secreto profesional.

—¡Pero yo soy médico y tengo derecho a saber qué va usted a hacer a mi hija!

—Y precisamente... porque yo *no soy médico*, prefiero trabajar solo y tener toda la gloria para mí... "EL MAS FAMOSO DE LOS CIRUJANOS NO PUEDE CURAR A SU HIJA... PERO LUGATZY LO HA LOGRADO"... ¡Ah, cuando los periódicos publiquen con gruesos caracteres esta gran noticia!

—¡Publicidad!... ¡Es lo único que busca usted!... ¡Publicidad y sensacionalismo!

—¿No acepta la colaboración de mi padre? — intervino Clara resentida del modo como Lugatzky trataba a aquel en quien ella tenía puesta su máxima confianza.

—No, señorita. O trabajo solo o no trabajo. Su señor padre se obstina en no tratarme de igual a igual... y yo pienso hacer otro tanto hasta que él reconozca que soy su maestro...

—¿Usted mi maestro?

—Sí.

—¡Maestro!... — murmuró Sturdee

despreciativamente—. No hablaría usted así si supiera que he visto a uno de sus mejores milagros... ¡el capitán Wycherley!... ¿Qué dice usted a eso? ¿Se acuerda usted bien de este trágico caso? Usted ha destruido la vida del capitán... con sus *maravillosas* curaciones. ¿Qué... no tiene nada que decir... o no sabe qué decir?

—No... no sé qué decir — confesó Lugatzky con toda nobleza—. ¿Pero es que acaso usted y todos los sabios doctores en medicina no han destruido también muchas vidas? — preguntó, mirando fijamente al médico.

Sturdee no pudo aguantar más tiempo y en un gesto decidido indicó la puerta a aquel hombre al que sentía ganas de apalear y le dijo con dureza:

—¡Salga de mi casa!

—Sí... pero no quisiera dejar a su hija.

—¿Se imagina usted que conseguirá llevársela?

—Ni lo intentaré — replicó Lugatzky con indiferencia, mientras se encaminaba hacia la puerta del salón.

Clara le detuvo con el gesto y con la voz:

—Señor Lugatzky... — dijo con angustia—. ¿Quiere esperar un momento mientras yo hablo a solas con mi padre?

—Sí, señorita — asintió Lugatzky mirándola agradecido.

[Salió del salón y fué a esperar el



resultado de la entrevista. Clara suplicó a Mario que la dejara sola con su padre y cuando estuvieron padre e hija solos frente a frente, el doctor Sturdewee dijo, cogiendo una de las manos de la muchacha:

—Clara... ¿tú crees a este hombre cuando dice que puede curarte?

—Quiero creerlo, papá... ¡Es tan hermoso tener una esperanza!... ¿Tú no comprendes lo que es mi vida? ¡Déjame que espere, papá, aunque luego sea un fracaso! — dijo ella con vehemencia.

—Pero, mi querida hijita... ¿no sabes que aunque tu curación significara mi descrédito si él lo lograba... yo daría gracias a Dios por haberte curado?

—¡Oh, padre, gracias!

—Pero es que no creo en ese hombre... es un intruso, un charlatán, un caballero de industria que sólo quiere clientes de tu escuela para obtener más publicidad... Si pretendes confiar tu curación a ese inepto... debes abandonar esta casa... y renunciar al amor de tu padre — dijo Sturdewee con una firmeza que Clara conocía bien para imaginar no pudiera ser verdadera.

—Padre... no seas cruel... yo también tengo derecho a la vida... ¿Tú no comprendes, papá?... Es por Mario que quiero dar este paso... Le amo... quiero casarme con él... pero quiero casarme siendo una mujer normal.

—Hija mía, tus anhelos son muy legítimos, pero Mario no sería digno de ti si no te quisiera por tus cualidades espirituales... sin mirar otra cosa más que esto.

—Papá, tú sabes mejor que yo que la felicidad del matrimonio está basada sobre otras cosas en las que nada tienen que ver las cualidades espirituales...

—¡Clara!... ¿Cómo te atreves a hablar así delante de mí?... ¡Ea, lo dicho, dicho está!... ¡No quiero que te pongas en manos de ese hombre!

—Está bien, papá... Pero ahora, dime... contéstame a una pregunta que jamás te he formulado ni te hubiera formulado jamás si las circunstancias no me empujaban a ello como en estos momentos... Dime... ¿te habieras casado tú con mamá, si hubiera sido una pobre inválida?

—¡Clara! — murmuró el padre, sorprendido por aquella pregunta inesperada, bajando los ojos, pues no se atrevía a cruzar su mirada con la de su hija.

Clara comprendió lo que aquella exclamación y aquella actitud querían decir, y con dulzura infinita murmuró, estrechando la mano de su padre:

—Entonces, papá, no censures a Mario...

—Hija mía, pero yo te afirmo que el matrimonio no es sólo eso...

—No, ya lo sé... Es una mezcla de

esto con lo otro... con esas cualidades espirituales de que tú me hablas... Pero sin esto, que es la base fundamental, el matrimonio no puede constituir la felicidad... ¡Soy joven, padre!... ¡Quiero vivir!... ¡Quiero gozar del amor!... ¡Quiero ser amada sin reservas y sin compasiones que hieren!... ¡Señor Lugatzy! — gritó, decidida a desobedecer a su padre y a dejarse llevar por aquel impulso que le daban sus ansias de vida.

Lugatzy entró en el salón.

—Señor Lugatzy — dijo Clara con voz entera y firme—. He decidido confiar a usted mi curación.

—Pero Clara... — suplicó aún el doctor Sturdee—. ¿No te das cuenta de que ese hombre es un intruso?

—¿Y qué soy yo, dime?... ¿No soy también una intrusa?... ¡Intrusa en todas las alegrías de la vida, en todas las gozas, en todas las perspectivas!

—¿Y si te deja aún peor... como ha sucedido con el capitán Wycherley? — preguntó Sturdee, tratando por to-

dos los medios de disuadir a su hija de aquel empeño.

—Entonces sabré que en realidad es incurable mi mal... y no me casaré — afirmó Clara.

—¡Es una locura lo que vas a hacer!

—¡Ah, padre, bendita locura si ella ha de traerme la felicidad!... ¿Verdad, Mario?

—¡Clara, Clara de mi vida! — exclamó Mario emocionado.

Lugatzy sonreía satisfecho y, presentando el brazo a Clara, se dispuso a salir de la casa de Sturdee.

—Pero... ¿Es usted capaz de llevarse a mi hija? — gritó éste, desesperado.

Lugatzy se volvió a él y le dijo con perfecta calma:

—Tendré la osadía de lograr mi título... DOCTOR NO FRACASADO... y usted perdone... — añadió, volviendo sobre sus pasos a recoger el sombrero y el bastón que había dejado olvidados, como de costumbre, sobre una mesita.

\*\*\*

Envuelta en una magnífica bata de seda y encajes, Clara estaba tendida en la silla invento de Lugatzky, silla que él mismo empujaba con suavidad para colocarla en buena posición y comenzar el tratamiento.

Clara se había confiado a Lugatzky con fe, con decisión, con toda su voluntad y éste, adivinando que toda el alma de la chiquilla estaba puesta en aquel empeño, quería lograr de su tratamiento los máximos resultados. Estaba seguro de que no podía fracasar. Y el éxito en aquella curación era la coronación absoluta de su triunfo.

—¡Ah, señorita Sturdee! — decía Lugatzky mientras conducía a través de los pasillos y salones de su magnífica mansión la silla que se deslizaba sobre suaves llantas de goma—. Como ve, la hospedo en mi casa. En la Clínica hay demasiadas enfermas y yo no quiero que usted se sienta enferma, sino que se crea usted en su propia casa, cuidada como pudiera estarlo en ella y tratada con toda la atención que usted se merece. Es usted mi paciente predilecta... Supongo que se da usted perfecta cuen-

ta de que está sola conmigo... y a merced de mi albedrío... ¿no es verdad?... El ogro Lugatzky la tiene por entero en su poder... Pero aun es tiempo para que usted vuelva a su casa, antes de dar comienzo al tratamiento...

—Cuando pueda andar volveré a mi casa... pero antes, no — contestó Clara con una mirada muy seria en aquellos grandes ojos bellos y luminosos que eran el mayor encanto de su rostro, con ser éste perfecto.

Lugatzky sonrió satisfecho, dueño de sí mismo:

—Sabía la contestación... Tiene usted toda la entereza que yo le suponía, que usted necesita y que yo quiero que tenga... porque sin ella sería inútil comenzar el tratamiento... Vamos a empezar... Al principio será completamente suave... un poco doloroso, pero no demasiado... por momentos se sentirá mejor... y cuando cierre el contacto... ya no sufrirá más...

Mientras iba hablando manipulaba en el aparato conectando clavijas, haciendo correr la intensidad de distensión y de extensión, en pulgadas de mil-



lésima para que la enferma fuera acostumbrándose lentamente al tratamiento y el dolor no se agudizara demasiado rápidamente.

—Ahora — siguió diciendo volviendo a empujar la silla — voy a llevarla donde pueda disfrutar del aire libre... y los árboles... y puedan admirarla los pájaros... y besarla los reflejos del sol... ¡Ajá!... así — añadió, poniéndola frente a un gran ventanal que daba sobre el jardín. Y por medio de un gran espejo hizo que por él pudiera la chiquilla contemplar la belleza del paisaje y la calle que cruzaba a lo lejos y distraerse así, en las largas horas de ocio a que iba a ser sometida, de aquella soledad y aquella forzada inacción.

—¿Ve usted? Así podrá darse cuenta de lo que ocurre en la calle... Y el año que viene podrá usted ir corriendo de un árbol a otro. ¿Comienza a doler? — preguntó con ternura infinita, viendo en el rostro de Clara un gesto de angustia y de sufrimiento.

—Sí... ¡Ayúdeme a soportarlo! — replicó Clara cogiendo la mano de Lu-

galay, como si encontrara en ella la fuerza que comenzaba a flaquearle.

—¡Míreme! — exclamó Lugatzy fijando sus pupilas en las de Clara y desplegando sobre la pobre chiquilla su fuerte fuerza hipnótica—. ¡Está segura en mis manos!... ¡No tema!

—Confío en usted — replicó Clara entornando los ojos, como si un lánguido sopor se apoderase de su cuerpo.

—Tenga fe en mí... — siguió diciendo Lugatzy pasándole por la frente sus manos y mirándola con fuerza—. Tenga fe... crea en mí... Ahora voy a hacer que se duerma... Tendrá usted un sueño reposado, sin dolores, sin pesadillas... dulce como el de un niño en su cuna... ¡Duerma!... ¡Cada día se encontrará más fuerte, más sana, más optimista... Piense que cada hora va acercándola al hombre que ama... y así no sentirá el dolor...

Influída por la fuerza misteriosa de aquel hombre, Clara se durmió plácidamente en aquella primera noche de su martirio, del martirio que iba a durar un año y que nadie podía salir si la conduciría a su felicidad o a su desventura.

\* \* \*

Lugatry dedicaba a Clara todas las horas que le dejaban libres sus enfermos de la Clínica. No iba a diversión alguna. No salía de casa más que para ver a sus enfermos, y pasaba las veladas junto a su enferma predilecta, leyéndole sus libros favoritos a ratos, charlando de mil cosas distintas, y en otras ocasiones tocando con sordina las bellas composiciones musicales de Clara que, oídas así, a través de aquellas manos que las interpretaban maravillosamente, le parecían a la muchacha cosa nueva, como un canto de amor y de esperanza que se hubiera ella cantado muchas veces en lo íntimo de su corazón y de pronto se desbordaría en notas musicales que vinieran a acariciar sus oídos.

—¿Le gusta escuchar su música? —le preguntó un día que estaba él sentado al piano interpretando una de sus composiciones.

—Sí... y me gusta como la interpreta usted —contestó Clara sonriendo con aquella sonrisa tan dulce que asomaba a sus labios cuando se sentía más aliviada de sus sufrimientos.

Y luego, con un poco de ironía, porque también le gustaba embromar a Lugatry, añadió:

—¿Es otra de las cosas que le enseñaron a usted en Chicago... en el matadero?

—¡Oh, se aprende todo en Chicago! —afirmó Lugatry, riendo con jovialidad—. Aprendí allí tantas cosas que por eso puedo ahora curarla a usted... Porque también la música es un medicamento.

—Pero... ¡sufro tanto! —gimió Clara, sintiendo que sus huesos se iban distendiendo con más fuerza cada vez.

—Sí, ya lo sé; y sufrirá usted cada vez más... Pero no piense en sus sufrimientos. Pienso en la alegría de su curación... en que podrá pasear, correr, bailar... y jugar con Mario en la piscina y en la cancha de tenis... ¡No sea débil, Clara...! ¡Debe luchar y luchar con valentía, como un buen soldado!... Debe luchar, como luchó yo para curarla.

—¡Oh, pero a usted no le duele!... —murmuró Clara, volviendo a hacer un gesto de sufrimiento incontinente.

—No me duele físicamente, es verdad... pero ¿cree usted que yo no sufro también al ver su rostro contraído por el dolor... cuando usted cree que no la miro y no se contiene?... ¿Se imagina que ello no supone nada para mí, que soy quien la hace sufrir y bajo cuya responsabilidad está usted? ¡Hay que luchar, Clara, y creer en mis palabras! Yo seré un charlatán... como dicen el doctor Sturdee y todas sus colegas... pero no he sido nunca un embustero... se lo prometo... Crea en mí, ¿Será valiente?

—Procuraré serlo — afirmó Clara, mirando a aquel hombre que la sugestionaba con su voz, con sus palabras, con sus actitudes, con su conducta.

—Entonces, voy a dar más fuerza al aparato.

—¿Más dolor?—preguntó ella, sintiendo una extraña angustia en el corazón.

—Sí... más dolor para usted... y mucho más para mí... pero es preciso para que luego los dos triunfemos... y para que pueda usted volver con paso firme y sereno a los brazos del hombre al que ama.

—¡Oh, casi no me atrevo a esperar tanta felicidad!—exclamó Clara, sonriendo en medio de su dolor.

—Hay que tener fe y el triunfo será nuestro.

Así, animándola él con sus palabras,

poniendo ella toda su voluntad en soportar los a veces insufribles dolores que le producía la corriente eléctrica que iba lentamente enderezando sus huesos deformados, fueron pasando los meses y llegó el último día del año.

Lugatry quiso celebrar la entrada del nuevo año al lado de Clara y le hizo prometer que aquella noche estaría muy contenta, porque era la noche que anunciaba la entrada del año de su curación.

Puso, para animarla más, la radio que transmitía en aquella noche de alegría una serie de bailables.

—¿Quiere usted que baile el "Big Aple"?—preguntó Clara, sonriendo al escuchar los acordes desenfrenados de la música de jazz.

—No, este año todavía no puede... pero lo bailará el año próximo... aunque el baile cambie de nombre. Pero, mire... mire cuántos regalos le traen —dijo Lugatry, viendo entrar a la enfermera cargada de cajas y de ramos de flores.

—Sí... mis amigos no me han olvidado—replicó Clara, contenta como una niña la noche de Reyes.

—¡Hay que ver!... ¡No ha conocido a nadie que recibiera tantos regalos juntos! ¡Es usted la chiquilla de la suerte!

—Aquí hay un paquete certificado—dijo la enfermera, entregando el últi-



mo de los paquetes que llevaba en las manos.

—¿Puedo abrirlo? —preguntó Lugatzky, viendo que Clara ya no podía abrir más cosas de las que tenía sobre su cama.

—Claro que sí—contestó ella, felicitando ilusionada a la vista de todos aquellos obsequios.

—¿Qué habrá aquí dentro?... ¡Oh, perlas! —exclamó Lugatzky, mostrando un magnífico collar—. ¡Qué buena imitación!... Pero no, no... ¡son auténticas, las conozco bien! ¡Qué magnificencia!

—Son de papá... —explicó Clara, que había leído rápidamente las breves líneas que acompañaban el costoso obsequio—. Como él no ha podido venir... me las manda con estas palabras: "Dios te bendiga, pequeña"...

Sus ojos se enajaron de lágrimas, pero de esas lágrimas dulces y buenas que son como la sonrisa de un corazón demasiado sensible.

—Pues yo no quiero ser menos y también le voy a hacer un regalo este último día del año—dijo Lugatzky, inclinándose sobre ella.

—¿Y qué es? —preguntó Clara, abriendo mucho los ojos con admiración, pues no veía que Lugatzky llevase ningún paquete consigo.

—Desde ahora disminuyo la corriente y... no le dolerá casi nada, hasta que se cure... Pero aun no se levanta...

tará... Debe usted continuar tendida durante tres meses más... tendida y quieta, como yo le mando... ¿Lo promete?

—Sí.

—Entonces, disminuyo la corriente... ¿Qué tal?... ¿No duele... ¿Está contenta?

—¡Oh, sí, mucho!

—Dentro de tres meses... se operará el milagro... Yo le podré decir ya... "¡Levántate y anda!"...

Lugatzky miró hacia la puerta al escuchar unos pasos, y se apartó prudentemente: era Mario que llegaba, como muchos días, a ver a Clara.

—¡Clara, chiquilla! —exclamó, corriendo a ella y estrechándole fuertemente las manos.

—¡Mario! —replicó la muchacha con emoción, ofreciendo su frente al beso cálido de aquel hombre al que amaba con toda la pasión de su alma virgen.

—Tienes hoy cara de felicidad... ¿Qué ha pasado?

—¡Ah, pues que el gran genio acaba de levantar su dura mano... y ya no habrá más sufrimientos!—dijo Clara, riendo dichosa.

—¡Cuánto me alegro!

—Ahora ya sólo me resta hacer el último esfuerzo: permanecer tres meses más echada, inmóvil, convaleciendo...

—Eso no es nada... tres meses pasan

pronto... Cuando yo estuve en la cárcel—dijo Mario bromeando—, tres meses pasaron como un relámpago.

Clara soltó una fresca carcajada y continuando la broma, dijo:

—Oye, si hay algún libro nuevo en la librería de la prisión... tráemelo... porque me parece que ya he leído todos los libros... aun aquellos que no se han escrito...

—Pues yo te voy a traer uno de los que no han sido ni imaginados—replicó Mario.

Y volviéndose a Lugatzky, que permanecía a respetuosa distancia, le dijo:

—Escuche, Clara está esta noche admirablemente... ¿Permite que suban algunos amigos que vienen conmigo y que tienen muchas ganas de ver a la enferma?

—Sí, bien, pero que sea sólo un momento... y, por favor, no la inquieten demasiado. Todo lo que necesita Clara es reposo... mucho reposo...

Mario bajó en busca de los amigos, y subieron en tropel, armando una algarabía de pájaros. Venían todos los amigos y amigas de Mario, que muchas veces se habían reunido en casa de los Sturdee para jugar, bailar o hacer música, y entre ellos venía la rubita chica del coro de revista, Marta, que ahora, desde que Clara estaba internada en casa de Lugatzky efectuando su curación, se dedicaba a no dejar ni de día ni de noche a Mario, acaparándole con

sus coqueterías y con sus insinuaciones.

Entraron en el cuarto de la enferma, la besaron, la agobiaron a preguntas, le dejaron ramos de flores sobre la cama, y hablaron todos a un tiempo con esa desbordada alegría de la juventud, que en noches de gran fiesta, como la del final de año, se enloquece de júbilo aun antes de haber apurado la primera copa de champaña.

—Por favor, no alboroten—suplicaba Lugatzky, que no estaba acostumbrado a aquellas exageradas expansiones.

Pero ellos no le hicieron caso:

—¡Clara, qué bien estás!

—¡Pero si estás más bonita que nunca!

—Mira, te he traído esto para que te distraigas.

—Y yo te traigo esto para que tires al blanco.

—Pues yo te he traído tu perfume favorito — dijo Marta, acercándose a ella y besándola con esos besos que se dan dos mujeres aun sintiéndose rivales y enemigas.

—Estoy muy contenta de que hayáis venido—dijo Clara, mirándoles a todos con sus ojos luminosos, repletos hoy de júbilo—. Y as agradezco todos vuestros regalos.

—Clara... ya creíamos no verte nunca más — dijo Marta—. ¡Hace tanto tiempo que no estás en nuestro mundo!... ¡Y cuántas cosas bonitas te has

perdido en todo este tiempo! ¡Ya no podrás ver mi revista!

—¡Oh, estaré bien antes de que la quiten y todavía podré ir a aplaudirla... Dicen que es un gran éxito... Sobre todo tú, Marta, en tu papel, creo que has triunfado por completo.

—La verdad, sí... He tenido suerte —replicó Marta con orgullo—. Además, canto una canción preciosa que es la que me ha dado el triunfo.

—¿De veras? —¿De qué compositor?—preguntó Clara, con ingenua curiosidad.

—La compuso Mario... exclusivamente para mí —explicó Marta, con esta maldad tan femenina que hace decir siempre lo que más puede doler a la rival odiada, mientras le sonríe como lo haría a la amiga más querida.

Clara sintió como si un acerado puñal se le clavara en mitad del corazón, pero procuró dominar aquel dolor que era mucho más agudo que todos los que había sufrido en la silla de tortura, y sonrió a Marta, diciéndole:

—Me alegro... Me gustaría oírla...

—Escucha, Clara —siguió Marta, sin darse cuenta del daño que sus palabras hacían, aunque las decía deliberadamente para esto, para hacer daño— ¿Verdad que esta noche dejarás que Mario se venga con nosotros?... Le he rogado que me acompañe a una fiesta de fin de año, pero él no quería venir porque decía que tú...

—¡Oh, no, por mí no!... Ya puede ir... naturalmente... Te gustará, Mario, y te divertirás... Luego ya me contarás todo lo que hayáis hecho...—dijo Clara, dominando cada vez con mayor fuerza la voluntad de su enorme tristeza.

—¿De veras no te molesta que esta noche no me quede contigo?—preguntó Mario, muy contento.

—De veras, no...

—Mira... iré a la fiesta, pero te prometo que vendré aquí a las doce en punto, para ver nosotros dos juntos la entrada del año... ¿Quieres?—dijo Mario, convencido de que tendría fuerza de voluntad para dejar a sus amigos y venir a hacer compañía a la infeliz inválida.

—Sí... esto me alegrará mucho... Gracias, Mario... Hasta pronto—dijo Clara con una sonrisa de júbilo al escuchar aquellas palabras.

—Hasta luego, Clara—contestó Mario, besándola tiernamente en la frente.

—¡Adiós, adiós!

—¡Adiós, Clara, hasta otro día!

—Buenas noches.

—¡Feliz año!

—Gracias... Que os divirtáis mucho —murmuró Clara, viendo salir a todos sus amigos en el mismo apretujado tropel en que habían entrado y armando idéntica algarabía.

Cuando todos salieron, Lugatzy se quedó mirando desde lejos los ojos ne-



grisinos de su paciente, aquellos ojos a los que había visto asomar el dolor en aquellos breves momentos en que Mario había estado junto a ella, dolor que, por primera vez desde que la tenía en su casa, no le había producido él, pero que estaba seguro era mucho más cruel y más hondo que todos los que había sufrido para lograr su curación.

...

Los amigos de Clara fueron a un cabaret para celebrar la última noche del año. El ambiente era abigarrado y la muchedumbre que invadía las mesas, heterogénea. Allí se habían reunido todos los amantes del bullicio, de la vida alegre y fácil, de los que no toman en serio ningún sentimiento y creen que puede pasarse la vida entre copas de champaña y acordes de música de negros.

Mario estaba sentado a una de las mesas en compañía de Marta, la rubita del coro, y de otros amigos. Habían bailado ya mucho y bebido más, y la alegría que había en la reunión era una alegría estridente y procaz.

—Oye—le dijo Bobby al escuchar

que la orquesta preludiaba un nuevo baile—. ¿Vas a bailar toda la noche con esa "chica de conjunto"?... ¿Por qué no bailas alguna vez con las aficionadas?

—Te aseguro que el próximo baile lo bailaré contigo—replicó Mario riendo, mientras miraba con ojos encendidos a la muchachita que le hacía la proposición.

Uno de los muchachos levantó la copa de champaña y brindó:

—¡Por la chica de "conjunto"!

—¡Por la chica de "conjunto"! —brindaron todos, apurando sus copas.

Marta reía alegre y halagada y dió las gracias en general, mientras se apoyaba mimosamente en el hombro de Mario.

—Gracias, gracias, amigos, es lo agradezco mucho...

Entre tanto, Lugatry se había impacientado en su casa esperando en vano el regreso de Mario. Veía que Clara estaba sufriendo y no quería que por aquella causa su enferma, su dulce y buena enferma sufriera. Lugatry creía, y tenía razón en creerlo así, que el sufrimiento sólo debe soportarse cuando es para curar mayores males; pero que el sufrimiento moral debe ser evitado a toda costa.

Como era hombre de acción dejó, sin que Clara lo supiera, su casa y se encaminó al cabaret donde sabía estaba Mario con todos sus amigos.

Detuvieronle en la puerta pidiendo su invitación; pero Lugatzky siguió caminando sin hacer caso, mientras decía con su aire desenfadado:

—Yo voy a donde quiero. Soy Lugatzky.

Y entró en el restaurante, y miró alrededor de todo el salón repleto de público. En la pista de baile vió a Mario bailando en forma apasionada con una muchacha a la que él no conocía. Sin preocuparse de nada más que de llevar a cabo su idea, Lugatzky se acercó a ellos, separó a la pareja y dijo mirando a Mario fijamente:

—Señor Owen, tengo que hablar con usted.

—¡Oh...! — murmuró la muchacha que bailaba con Mario—. Parece que todo está contra mí esta noche...

Mario condujo a Lugatzky hasta su mesa y le invitó:

—¿Quiere usted sentarse?

—Buena—contestó Lugatzky, sentándose sin miramientos.

—¿Va usted a beber algo con nosotros?

—No, gracias. Yo he venido a preguntarle... cuándo volverá usted al lado de la señorita Sturdee.

—Pero... ¿es que ha pasado algo? —inquirió Mario un poco asustado por el tono en que Lugatzky había pronunciado aquellas palabras.

—No; nada importante... Solamente que Clara no se dormirá hasta que us-

ted vaya... He intentado todos los medios para hacerla dormir esta noche... pero esta noche le espera a usted y ella no se dormirá sin que usted haya ido a darle un beso... No he podido hacerla dormir ni siquiera con música, como otras noches suele dormirse apaciblemente arrullada... ¡Y Clara debe dormir!—dijo Lugatzky con energía.

—Pero Clara sabe que ya iré a verla... Que tenga paciencia—replicó Mario, contrariado.

—Bien, pero yo necesito saber si va usted a ir pronto... o si no va a ir en absoluto... Así, si yo sé lo que ha de ocurrir, encontraré algún medio para que duerma tranquila.

—Mire, voy a bailar este baile tan solo... Luego tomaré mi coche y volaré al lado de Clara... ¿Le parece bien?

—Entendido—dijo Lugatzky, poniéndose en pie, decidido a marchar—. Buenas noches a todos.

—Buenas noches —dijeron a coro, mientras reían barlionalmente al ver alejarse a aquel hombre original, que había venido a interrumpirles tan intempestivamente.

Pero Lugatzky volvió sobre sus pasos, se acercó a la mesa, y, cuando todos creían que iba a sermonearles, le vieron tomar el sombrero y el bastón que había dejado olvidados, por no perder su costumbre, sobre la mesita de los amigos.

Mario cogió a Marta por la cintura

cundo Lugatzky dejó el salón y la llevó a la pista de baile para bailar con ella aquel ritmo de moda que parecía un desenfrenado ataque de locura.

Lugatzky se detuvo en el vestíbulo a comprar un ramo de flores y una chuchería, y volvió a su casa rápidamente, entrando en ella en silencio, como había salido, a fin de que Clara no se enterara de una escapatoria que Lugatzky quería pasara inadvertida para la enferma.

Al entrar, preguntó a la enfermera:

—¿Cómo está?... ¿Se ha dormido?

—Sí, señor... Al fin descansa.

—Menos mal.

—Ha estado muy inquieta y me ha parecido ver huellas de lágrimas en sus ojos.

—¿Ah, pues no debe llorar!... ¡Aquellos ojos no pueden llorar!... Si ése no viene antes de media noche... —murmuró, reconcentrado y sombrío.

—¿Qué hará usted? —preguntó la enfermera, viendo que no terminaba su idea.

—Ahora se lo explicaré, porque usted tiene que colaborar conmigo... Cuando yo llame dos veces, entra usted en la habitación de la enferma con este ramo de flores... Lo demás corre de mi cuenta... ¡No voy a fracasar porque a ese necio se le antoje cometer una brutalidad!... ¡Voy allá!—añadió, oyendo a Clara que le llamaba. Y

dijo, pensando en Mario: ¡Qué idiota!...

—¡Lugatzky!—murmuró Clara, viéndale entrar y mirándole con aquellas grandes ojeras tristes y expresivos.

—¡Ah! ¿Conque ha reconocido usted mi voz, verdad?

—He reconocido su voz... y su modo de hablar—replicó Clara, sonriendo—. ¿Quién es el idiota?

—Mi amigo el Duque de Putsey... ¿No le conoce?

—¿Dónde le ha visto? —preguntó Clara, que al sentirse al lado de Lugatzky se encontraba ya más animada.

—En el palacio de Buckingham... Acabo de cenar allí... Había varios reyes invitados especialmente para verme—explicó Lugatzky, bromeando.

—¿Y por qué ha vuelto tan pronto?

—¡Oh!... Porque... eran muy simpáticos... pero han comenzado a ponerse sus coronas y como yo no tengo ninguna... me ha parecido mejor pasar el Año Nuevo con usted...

—Gracias—replicó Clara, distraída, y luego, añadió, siguiendo en voz alta el hilo de sus pensamientos: ¿Cuándo vendrá?

—¿Quién?

—¡Mario!

—¡Pero si ya ha venido!—exclamó Lugatzky, como si de pronto recordara algo olvidado.

—¿De veras?... ¿Ha venido? —in-



quirió Clara con una nueva ilusión en su voz.

—¡Claro que sí!... Sólo que estaba usted entonces durmiendo... y me ha parecido mal despertarla—dijo Lugatzy mientras hacía sonar por dos veces el timbre, procurando que la enferma no se diera cuenta de su maniobra.

—¡Ah, ya me dijo Mario que vendría!... ¿Por qué no me ha despertado usted? ¡Debía haberme despertado!

—¡Ah, no, eso no! ¡Primero es su curación!... Además, ha dicho que quizá volvería.

—Quizá...—expiró Clara con nostalgia.

—Y entre tanto le envía todo en cariño, grandes cantidades de besos... y... ¡un millón de rosas!—añadió, presentándole el ramo que en aquel momento entraba la enfermera.

—¡Oh!... ¿Son tuyas?... ¿Las ha traído para mí?... ¡Qué bonitas!—exclamó la enferma, respirando todo el aroma de las flores como si en él quisiera encontrar el aroma más exquisito aún del amor de Mario.

—También encargó que le dijera que no le gusta ir a esas reuniones tantas e imbéciles... pero que sus negocios le obligan a ello... y que todas las demás mujeres del mundo... son unas muñequitas sin seso...—explicaba Lugatzy, arrullando con sus palabras todos los sueños locos de la desbordada fantasía de la enferma.

Luego, de pronto, recordando, añadió:

—¡Ah, me olvidaba!; yo también tengo un pequeño obsequio para usted... Fíjese, es una botellita maravillosa. ¿Qué quiere usted? ¿Whiskey? ¿Soda? ¿Ginebra?... Todo sale de la misma botella... Y voy a enseñarle otra cosa que aun la hará reír mucho más... Mire —dijo, mostrándole un muñeco muy gracioso que hacía mil piruetas sobre unos muelles muy bien dispuestos—. Viene a felicitarle el Año Nuevo... aunque creo que está un poquitín mareado...

Rióse Clara con una sonrisa infantil, contenta ante aquellas cosas que a otra hubieran podido parecer naderías y que constituían para la pobre inválida un rayo de felicidad.

Mario seguía mientras tanto en el cabaret, bailando con su compañera, con la que había sustituido en su curación a la enfermita, de la que se acordaba vagamente ahora que los vapores del alcohol turbaban un poco su cerebro.

—Oye, Marta—decía Mario—, debo marcharme. Es muy tarde y le prometí a Clara ir a verla antes de la media noche.

—¡Oh!... Las promesas son algo sagrado... y deben cumplirse siempre... pero espera...—murmuró Marta, viendo que todas las luces del salón se apagaban en un instante.

Iba a sonar la media noche y el cabaret se disponía a celebrar la entrada del año de la manera más original y más atrayente para sus clientes. Se colocó en el estrado de los músicos un micrófono y un gran reflector. Junto al micrófono, el locutor, que al mismo tiempo manejaba el reflector y lo iba enfocando hacia los más apartados rincones de la sala, sorprendiendo a parejas y a personalidades que acaso hubieran preferido permanecer anónimas.

El locutor iba diciendo:

—Buenas noches a todo el mundo... Ayer hubiéramos dicho: "Señoras, caballeros..." pero hoy hemos de olvidar que somos "señoras y caballeros" y hemos de divertirnos todos, todos, sin distinción alguna, olvidándose cada uno de su categoría... Bienvenidos sean todos al Hollywood Club... Están hoy aquí reunidas todas las celebridades de la ciudad... "la crema" de la sociedad... y ya saben lo que dicen: "La crema de hoy... será el queso de mañana"... Hoy queremos hacerles pasar una agradable velada y procuraremos que olviden sus penas... Ahora haré funcionar este pequeño reflector... a ver si pesco por ahí a alguna celebridad... Vamos a ver... ¡Voy allá!... ¡Ah!... Ahí está el Almirante Douglas y... compañía... Me gusta la compañía... ¿Qué tal, Almirante? ¡Ja, ja, ja!... Parece que la flota se divierte... Y allí me encuentro a Antonio Winsome, el periodista más

famoso de la ciudad... ¿Va solo?... ¡Nadie puede saberlo!... Bueno... Todo es pura broma... Es el final de un año que muere y el principio de uno que nace... y como la muerte y el nacimiento son un cocktail extraño, hay que decir locuras para amenizarlo... Vamos a ver a quién más enfoco con mi farolillo mágico... ¡Ah, allí está el General Hawkin!... ¡Vaya, vaya!... ¡Un Almirante y un General! ¿Harán maniobras aquí esta noche? ¡Ah, señoras y caballeros!... ¡A quién tenemos aquí esta noche y no nos habíamos enterado de ello!... ¡Marta Carrington!... ¡Marta, la famosa estrella de las comedias musicales!... Todo el mundo quiere a Marta, ¿no?

—¡Sí!... ¡Sí!—gritó el público, entusiasmado, el público que reía a grandes carcajadas las ocurrencias del locutor y que se divertía con la desfachatez de sus chistes.

—Ya has oído, Marta —siguió diciendo el locutor sin dejar de enfocar la mesa donde estaban Marta y Mario—. En atención a estos señores... ¿no podrías cantar algo de tu repertorio?... ¡Ah, pero si Marta está acompañada del gran Mario Owen, su compositor!... Vamos, Mario, acompaña tú al piano para que la pobrecita Marta no se dé vergüenza.

Marta, haciendo mil remilgos de niña mimada, subió al estrado de los músicos, seguida de Mario, y comenzó a



cantar una de las canciones que él había compuesto exclusivamente para ella.

En casa de Lugatzy, éste y Clara veían entrar el nuevo año escuchando la radio. Lugatzy había tanteado varias estaciones y se había fijado en una en la que estaban transmitiendo una bellísima melodía...

—¿Sabía usted que estaban tocando música suya en Munich esta noche? — preguntó Lugatzy, mirando con cariño a Clara.

—¿Lo ha pedido usted especialmente para demostrarme su influencia? — bromeó ella.

—¡Ah, claro!... A mí me conocen en toda Europa... ¿No lo sabía?—replicó él que gustaba siempre de hacer alardes de aquella indole ante sus clientes.

—Sí... pero es que me gustaría esta noche oír música de Londres... Estamos en Londres... y quisiera saber cómo se divierten cerca de mí los que son más afortunados que yo.

—Es fácil complacerla... No hay más que mover un botón... tocar un resorte... y...

Se quedó en suspenso: captaba la emisión del cabaret Hollywood Club y se habían escuchado ya los nombres de Marta y Mario... y ahora sonaba la voz de la vedette, cantando una de las canciones de Mario, coreándola éste... Lugatzy cerró precipitadamente la radio,

—No, por favor, no cierre... quiero oírlo—suplicó Clara, cuyo rostro había quedado pálido como un lirio.

Lugatzy volvió a conectar y se pasó intranquilo y pesadoso, mientras llegaba hasta ellos la voz del locutor que decía:

—Gracias, Marta... y gracias, Mario... Hacéis muy buena pareja y hasta cantáis mejor cuando cantáis juntos. Gracias... Y ahora, mis queridísimos radioyentes...

Lugatzy cerró definitivamente la radio; ya no había que escuchar más; era bastante lo oído.

Clara le miró, le vió reconcentrado, pesadoso, abatido, triste, y comprendió por qué estaba así. Procurando dominar su propia emoción, le dijo:

—No se preocupe tanto por mí, Lugatzy... Usted cree que Mario debía haber venido esta noche... pero yo prefiero que las cosas hayan ocurrido como han ocurrido... Así sé lo que necesitaba saber... Mario tiene buena salud, es dichoso, y le aburre venir al lado de una enferma que siempre está triste.

—¡Oh, no, no! — protestó Lugatzy.

—Sí, lo sé, y tiene razón... Le pone triste ver sufrir... Es feo el sufrimiento.

—Pero si ha venido antes... y fui yo quien le obligó a que se marchara... ¡Tendrían que pegarme, por estúpido!... ¿Querrá usted perdonarme? — preguntó con una ternura en la voz,



que le era a él mismo desconocida.

Clara dominó su pena, miró a Lugatzky y le dijo con una dulcísima sonrisa:

— Merece no sólo que le perdono, sino que le esté muy agradecida... por todo cuanto ha hecho por mí... ¡Ha sido usted tan bueno conmigo!... Nunca lo olvidaré... Además, sé que ha sufrido usted mucho por mí... Debe haber sido muy penoso para usted ver mis sufrimientos... y usted ha estado siempre a mi lado para ayudarme a soportarlos. ¡Ha de haber sido un gran sacrificio!

— ¡Oh, no! — protestó Lugatzky con sinceridad—. Hacer que renaciera en usted una ilusión... conquistar su espíritu... no fué difícil ni me costó sacrificio alguno.

— Es usted tan cariñoso, tan bueno, tan amable... Nunca pude imaginarlo... ¿Recuerda la primera vez que nos vimos?... ¡Era usted terrible!... Dígame — añadió sonriendo al recuerdo —, ¿aun deja el sombrero y el bastón olvidados y luego no recuerda dónde los ha puesto?

— ¡Pues claro! — replicó Lugatzky, riendo de buena gana.

— ¿Y aun dice a todos, muy orgulloso, que es usted un genio?

— ¡Naturalmente!

— Sigue usted siendo terrible, Lugatzky... pero no cambie usted... le quie-

ro así, tal como es — contestó Clara, estrechándole la mano.

Lugatzky sintió que su corazón daba un inusitado brinco en su pecho, que daba nueva vida a su espíritu.

— ¿De veras me quiere usted un poco, Clara... porque he hecho quedar bien a Mario? — le preguntó.

— Claro... por eso... — replicó Clara sin convencimiento, dejando que sus ojos dijeran todo lo contrario de lo que decían sus labios.

Lugatzky besó la mano que retenía entre las suyas, pero sintiendo que la emoción le iba a dominar y no queriendo dejar traslucir sus verdaderos sentimientos, añadió, cambiando de tono:

— ¿Sabe usted que es muy afortunada viendo entrar el Año Nuevo al lado de un genio como yo?... ¡Oiga cómo repican las campanas en todas las iglesias! — dijo, abriendo el balcón de par en par—. ¡Estas son las mejores campanas del mundo!... ¿Oye lo que están diciendo?... “¡Curarás muy pronto!... ¡Curarás muy pronto!... ¡Curarás muy pronto!”

Mientras decía esto volvía a conectar la silla y a hacer funcionar la distensión; había engañado a Clara durante unas horas haciéndola creer que sus sufrimientos habían terminado, pero era preciso insistir si quería obtener el éxito en aquella difícilísima empresa.

—¡Ah!...—gimió Clara—. ¡Me siento tan cansada, tan deprimida!... ¡No podré soportarlo!

—Mario la ayudará...—susurró Lugatzky, acariciándole la frente—. Ahora duerma.

—Pero dura tanto... ¡dura tanto!—murmuró Clara, entornando los ojos bajo el influjo de la fuerza hipnótica de Lugatzky.

—Ahora ya no será tan penoso... Tome las perlas que le ha mandado su padre... ellas la acariciarán y besarán

sus manos... y cuando despierte... Mario estará a su lado... y usted, al verla, correrá sonriendo hacia él... porque él la adora...

Se había ido durmiendo dulcemente, suavemente. Y Lugatzky, al verla así, en plena paz, sintió la tentación de poseerla de aquellos labios que respiraban tranquilos. Fue a acercarse, pero un súbito respeto le sobrecogió y la dejó dormir, llevando él en su corazón todas las ansias de amor que aquella criatura frágil había despertado en su pecho.

...

Unos gritos desmesurados hicieron salir a Lugatzky al balcón. Abajo, en la calle, varios autos se habían parado y de ellos descendían Mario y todos sus amigos, medio borrachos, gritando como energúmenos, llamando a voces a Clara, a la que querían ver de todas maneras.

—¡Clara!... ¡Clara!...

—¿Lugatzky!

—¡Clara!...

Todos gritaban a un tiempo y Mario entró en la casa, dirigiéndose a Lugatzky, que había acudido a abrir para imponer silencio a aquellos locos.

—¿Cómo está Clara? — preguntó Mario con lengua torpe, mientras se sostenía con dificultad sobre sus piernas.

—¿Por qué viene usted a estas horas?... ¿Por qué ha traído aquí a todos sus amigos? ¿No puede hacerles callar? — preguntó Lugatzky, lleno de indignación.

—¡Ah, claro, sí!... ¡Eh, vosotros, a callarse, brutos! — gritó, volviendo a salir a la calle.

Luego entró de nuevo en la casa y miró a Lugatzky con ojos idiotizados.

—¿Qué pasa? — le preguntó.

—Pues... que está dormida... ¿no lo comprende? — dijo Lugatzky, sin poder contener su ira.

—¡Ah, tanto mejor! — replicó Mario encogiéndose de hombros.

—¡Mejor!, ¿eh?... ¡Mejor!... Mejor que yo tenga que urdir un engaño tras otro para tranquilizarla... ¡Ah, esto es demasiado!... Escúcheme, señor Owen. He hecho cuanto he podido por ella, pero ahora esta criatura necesita amor... su amor... el amor que le dará ánimos para seguir adelante... Es todo lo que precisa, ¿comprende usted?... Pero yo no sé si usted puede comprenderme... Usted se ha cansado de venir aquí...

—Claro que empiezo a estar cansado — confesó Mario—. Pero hasta ahora lo he soportado con paciencia para ayudar a la curación de Clara...

—Sí, pero dígame... Si yo se la devuelvo inválida... ¿tendrá usted que soportarla toda la vida, verdad?



—¿Qué quiere usted decir?

—¡Oh, quiero decir que ahora no puede usted dejarla!... Es usted una persona conocida, que tiene una profesión legal... ¡Si fuera un intruso como yo... podría abandonarla impunemente!... ¡Pero usted no puede hacer esto, porque no es un intruso!

—¿Es que pretende usted ofenderme?—preguntó Mario, viendo algo extraño en los ojos de Lugatzy, que nunca hasta aquel día había visto—. Si Clara no puede curarse sin mí... no la dejaré... La quiero—afirmó, sin una gran convicción, acordándose al mismo tiempo de Marta.

—¿Lo jura?

—Sí—afirmó Mario, más por orgullo que por amor.

—¡Ah, entonces está todo arreglado!... ¿Vendrá mañana por la mañana?

—Sí.

—Y esta vez no volverá a engañarme... ¡porque si lo hace le romperé los huesos de tal forma que se convertirá usted en un inválido a quien ni el pro-

pio Lugatzy podrá curar!—gritó éste, amenazador y terrible.

Lugatzy subió un momento a ver a Clara. Abrió ésta los ojos al sentir cerca de sí la presencia del ser amado, y viéndole inclinado sobre ella sonrió con una inesfable sonrisa y murmuró su nombre, como entre sueños:

—¡Mario!... ¡Mario!...

Lugatzy se mordió los labios. Clara le había confundido con aquel ser frío que se alejaba en su auto, al lado de Marta, besándola en la furia de su exaltación, mientras él estaba allí, junto a su querida enferma. Procurando que el engaño dulce siguiera, murmuró Lugatzy, rozando suavemente la frente de la inválida:

—¡Clara, Clara querida!

—Buenas noches, Mario...—susurró Clara, vencida por el sopor.

—Buenas noches, amada mía.

—Bésame, Mario — rogó ella, sin abrir los ojos.

Y Lugatzy, con un dominio perfecto de sí, besó la frente pálida, rozando apenas con sus labios aquella piel tersa y amada.

\* \* \*

Pasó el tiempo, las semanas corrieron y con ellas expiraron los tres meses de plazo que Lugatzky había dado a la convalecencia de Clara.

La noticia de que Lugatzky iba a levantar a Clara Sturdee de su silla curativa, después de haberla tenido sometida a su tratamiento durante un año, había conmovido a toda la ciudad, y el público científico, así como el lego en la materia, estaban intrigadísimos por conocer el resultado de aquello que, si era un triunfo sería como un milagro y, de resultar un fracaso, sería el hundimiento total de aquel hombre que tenía sugestionada a la multitud.

En las redacciones de los periódicos se trabajaba febrilmente, comenzando ya a componer las crónicas que habían de dar cuenta de la cura maravillosa o del estruendoso fracaso, y los periodistas se aprestaban a acudir a la casa de Lugatzky para presenciar el magno acontecimiento.

—¡Dos guerras, una revuelta, medio millón de chinos sepultados por un terremoto... y yo tengo que ir a filmar

la apertura de una floristería!—se lamentaba un reporter gráfico, envidiando a los que habían sido destinados a ir a casa de Lugatzky.

El director del periódico le impuso silencio, diciéndole:

—Vaya a la floristería, y procure hacer los reportajes por lo menos igual que antes.

—Pues yo no encuentro diferencia entre los de antes y los de ahora.

—Sí, señor... los de antes eran regalarlos... y los de ahora son malos...

El reporter tomó el sombrero y se fué a filmar la apertura de la floristería, mientras otro se acercaba al editor y le preguntaba:

—¿Y para mí qué tiene?

—La Duquesa de Horn ha abierto una casa de reposo para que sus caballos descansen.

—¡Ah, la pobre señora es tan vieja que tendré que enfocarla bien para que no se confunda con sus huéspedes!

—Y usted, Harry, encárguese de lo de Lugatzky... Hoy la hará levantar de su silla y todo el mundo irá a presenciar si Clara Sturdee se levanta y an-

da... Con dos cámaras vaya a la casa y filme a las personalidades que lleguen... ¡Ande, ligero!

Corrió el reporter. Ante la casa de Lugatzky estaba estacionado numeroso público y muchos reporteros gráficos se hallaban apostados en los lugares más estratégicos para tomar sus vistas.

—¿Qué es lo que ocurre?—preguntó una señora anciana, deteniéndose al ver el gentío.

—No sé—contestó un muchacho que también hacía de mirón—. Creo que es una boda.

—¡Ah, me quedará a ver a la novia!—dijo la vieja dama, sonriendo con ilusión, sin duda recordando el día de su boda... o acaso añorando el que ésta no hubiera tenido nunca lugar.

Clara Sturdee estaba aquella mañana un poco nerviosa e inquieta. Sabía que era el gran día. Su día. El día en que, levantándola de la silla, llegarían al convencimiento de su completa curación... o al de su incurabilidad. Y la incertidumbre la tenía inquieta.

Lugatzky había llamado a los mejores modistos para que trajeran los más bellos modelos de trajes a fin de que Clara apareciera radiante de hermosura al salir de su lecho del martirio.

Clara miraba los vestidos con esos ojos ilusionados de toda mujer refinada ante las maravillas de la modistería.

—Hay mucha gente esperándola —le dijo Lugatzky, que también estaba un

poco nervioso—. ¿No está emocionada?

—Claro que lo estoy, un poquito... Pero esto no me priva de escoger mi traje... Quiero ir bien vestida cuando salga de aquí... Usted me ayudará en mi elección.

—No, no, porque yo no soy modisto y mis consejos no sirven de nada en esa clase de asuntos.

—Si Mario estuviera aquí—dijo Clara con un suspiro—, sabría elegir uno y estoy segura de que sería el más bonito.

—También yo estoy seguro de ello —replicó Lugatzky con aplomo, sin dejar traslucir el daño que le hacían aquellas palabras.

—¿Qué pasa que no ha venido todavía?

—Ha telefonado dos veces diciendo que se dirigía hacia aquí. Creo que está tan nervioso como usted... y como yo...

Mario estaba nervioso, pero no era por las mismas razones que tenían los nervios tenaces a Clara y a Lugatzky.

A toda la marcha de su automóvil, Mario se dirigía a casa de Lugatzky, llevando a su lado a Marta que no quería abandonarle ni un segundo, por más razones que Mario le daba de que aquello que había entre ellos tenía que acabar definitivamente.

—Es una tontería eso que dices —decía Marta, cogiéndose mimosamente



al cuello de Mario, mientras éste conducía a ochenta por hora—. No podemos separarnos. ¿No lo comprendes? Ten en cuenta que la vida es muy corta... ¿Cómo vamos a esperar un año? ¿Quién sabe lo que puede pasar?

—Aquí sólo hay una solución, Marta — replicó Mario—. Si Clara está completamente curada, podrá escoger a quien quiera y no necesitará de mí... Entonces le diré la verdad... Pero si Lugatzy ha fracasado, ya no puedo abandonarla.

—¡Oh, Dios quiera que ande!... ¡Dios quiera que se realice el milagro! —exclamó Marta—. Yo no soy egoísta...

Mario despidióse de Marta, y saltó de su coche ante la casa de Lugatzy. Varias máquinas fotográficas le enfocaron y dispararon mientras rodaban los carretes del film, captando nuevas figuras.

Entró precipitadamente y se dirigió a la habitación de Clara.

—¡Mario!... ¡Te estaba esperando para que me ayudaras a escoger mi vestido!... Pero has llegado tarde... y el señor Lugatzy ha sido quien me ha ayudado a elegir... y ya que hoy es el último día... lo luciré especialmente para él—dijo Clara, subrayando mucho sus frases...

La trasladaron al cuarto de vestir y allí la enfermera le puso el traje nuevo, una magnífica combinación de se-

das y bordados, todo en blanco, que hacía resaltar más la cálida belleza de la enferma.

Mientras Lugatzy y Mario esperaban a Clara, el primero ofreció un cigarrillo al segundo, que se paseaba nerviosamente a lo largo de la habitación.

—¿Un cigarrillo?

—No, gracias—contestó Mario, secamente.

—¿Pero qué le pasa?

—Nada.

—No parece usted feliz—dijo Lugatzy tras una breve pausa—. ¿No se alegra usted de que Clara esté curada?

—Claro que me alegro... ¿Qué cree usted? —preguntó Mario, volviéndose furioso.

—¡Oh, me pone usted nervioso con sus paseos! ¿No se puede estar quieto? —le preguntó Lugatzy, que no podía contener la indignación que sentía ante aquel hombre que no había sabido ser consecuente con su amor.

—Escuche usted, Lugatzy. Estoy ya cansado de todo esto... Creo que lo he soportado todo con paciencia, ¿no?

—¿Y qué? —preguntó Lugatzy, viendo que Mario no continuaba.

—Aprecio mucho a Clara y me apena de veras su estado, pero...

—¿Pero qué?

—Pues... que hay otra mujer... —confesó Mario—. Pero no se inquiete... Si Clara necesita de mí, yo estoy dispuesto a sacrificarme.

Lugatzy dió media vuelta y se marchó para no estallar en improperios.

En su despacho estaban ya reunidos todos los doctores que venían a presenciar el momento interesante en que Clara se levantara de su silla. Estaba toda la plana mayor del Colegio de médicos... ¡Todos menos el doctor Sturges, que aun no había depuesto su actitud hosca ante el curandero intruso!

—¡Caballeros! ¡Cuánto me alegría verles en mi casa! —dijoles Lugatzy, saludándoles con su desenfado habitual.

Todos se precipitaron a él y le llenaron de preguntas.

—¿Qué le ha hecho usted?

—¿Anda ya?

—No ha andado todavía ni un solo paso. Este fué el convenio. Los cirujanos deben estar presentes cuando la levante de la silla y dé los primeros pasos.

—¿Cree usted que ha triunfado?

—Naturalmente... Ya vieron ustedes las radiografías.

—En ellas no se aprecia todo —dijo Tollemache, que era el más reacio a creer en la posibilidad de la curación.

—No detallan si se han atrofiado los nervios sensitivos—añadió Nathan.

—Todo esto no se ve en las radiografías—corroboró Hellmore.

—No lo duden. Ya verán como anda igual que ustedes—afirmó Lugatzy con absoluto aplomo.

—Bueno... ¿dónde está la enferma? preguntó Tollemache, impacientándose.

Lugatzy dió orden de que trajeran a Clara, en la silla, y ella llegó sonriendo, bella como nunca, nimbada de la luz de la esperanza, con su magnífico vestido blanco que la envolvía como en una nube.

—¡Oh, doctor Ladd!... ¡Sir Montague!... ¡Doctor Hellmore!... ¡Nathan!... ¡Vaya un honor para mí!... ¡Todas han venido!... ¡Qué contenta estoy! —dijo Clara, mientras iba estrechando la mano de cada una de los médicos.

—Estará contenta de salir de aquí, ¿verdad?—le preguntaron.

—Sí... pero díganme... ¿y mi padre?—inquirió con tristeza al no encontrar a su padre entre sus colegas.

—Está muy bien... Pensando en usted siempre... No ha venido porque...

—No, es mejor que no haya venido—interrumpió Clara—. Prefiero ser yo quien vaya a verle...

—Caballeros... ahora comenzaremos—dijo Lugatzy, acercándose a la enferma—. Vean las piernas, que tienen el más perfecto movimiento en todas sus articulaciones.

Sentada en la silla, con las piernas caídas hacia el suelo, Clara las estiraba y las encogia en absoluta libertad, con el ritmo más perfecto.

—¿Sufre? —le preguntó Tollemache.

—No... pero es tan extraño... las siento torpes... como dormidas...

—Se acostumbrará en seguida—afirmó Lugatzy, cogiéndola en sus brazos y trasladándola a un sofá.

—Es la última vez que la sostengo en mis brazos como a una niña—le dijo, antes de dejarla en su asiento—. Esto es lo único que me hace lamentar haberla curado tan bien... Bueno, ahora, sentadita aquí... Eso es... ¡Usted está curada, y ha de creerlo así! Vean, caballeros. Los músculos están fuertes y flexibles gracias a la vibración del masaje eléctrico... Ahora, enderécese un poco... así... ¡Extienda los brazos!

La había hecho poner en pie y Clara se sostenía rígida y serena como una estatua.

—¡Oh, qué alegría!—exclamó, sin poder contener su gozo—. ¡Siento como si quisiera abrazar a todo el mundo!... Ya sé que no me creen ustedes hasta que me vean andar...

—Bien... pues intente andar...—ordenó Lugatzy, mirándola fijamente, como si quisiera dominarla con su mirada.

—¿Yo sola?—preguntó Clara, amedrentada, cargando de nuevo todo el peso de su cuerpo sobre la pierna enferma, como hacía antes del tratamiento.

—¡Sosténgase por igual con los dos pies!—ordenó Lugatzy con duro acento. Y viéndose obedecido dulcificó la

expresión y murmuró con ternura—: Así... Ahora... ande...

—Ya... ya no sé... cómo se hace...—murmuró Clara, no acertando a levantar los pies del suelo.

—Está muy excitada... Debe calmarse...

—No he dormido esta noche... Estaba muy nerviosa... El acontecimiento de hoy me tenía desvelada... Pero ya estoy bien... y puedo probar...

Los doctores daban muestras de indignación...

—Yo la ayudaré—dijo Lugatzy tendiéndole las manos—. Ahora, firme... Suelte mis manos... Debe caminar sola... ¡Suéltelas!... Venga...—dijo, apartándose de ella.

—No... sé... no... puedo...—balbuceó Clara, sin moverse.

—¡Sí puede!... ¡Concentre todas sus fuerzas en los pies! ¡Le digo que puede andar!... ¡Míreme!... Venga hacia mí... ¿No quiere?—preguntó Lugatzy, desesperado al ver que Clara no hacía el menor esfuerzo.

—¡No puedo!—replicó ella con desaliento.

—¡Vaya hacia Mario! El la espera. ¡Vaya a él!

—¡Clara, ven a mis brazos!—exclamó Mario, tendiéndole los brazos.

Clara quiso precipitarse a él a un gesto de Lugatzy, pero le faltaron las fuerzas y cayó desplomada al suelo.



—¿Pero qué es esto?—se preguntó Lugatzky, precipitándose a ella.

—¡Lo que habíamos dicho!... ¡Le ha atrofiado sus nervios sensitivos! —protestaron los médicos.

—¡No es verdad!... ¡Déjenla tranquila! ¡Váyanse todos! —rugió Lugatzky con encono.

—No nos iremos. Seremos nosotros quienes cuidemos de ella —contestó uno.

—Telefonaré a Sturdee diciéndole lo que ocurre—dijo otro.

—Sí, telefonéele—repuso Lugatzky—. Él es el único que tiene derecho a estar presente... ¡Y ahora fuera, fuera todas ustedes!... ¡He dicho que fuera!... ¡Esta es mi casa!

—Nos quedaremos abajo aguardando a Sturdee —dijeron los doctores, saliendo de la habitación.

—¡Váyase usted también! —ordenó Lugatzky a Mario, viendo que éste se quedaba.

—Se equivoca... De mí no podrá deshacerse. He estado en todo momento aquí y ahora me quedo.

—Si ha estado usted aquí, fué porque yo le obligué a ello, no por su propia voluntad.

—¡Clara! ¡Clara! ¡Me casaré contigo, a pesar de todo! —exclamó Mario arrodillándose a los pies del sofá donde Clara estaba recostada, presa del más grande desaliento.

—Pero tú no me quieres —replicó

Clara entre lágrimas—. Lo sé desde hace tiempo. ¡Y yo no quiero inspirar piedad! ¡No quiero! ¡Que se vaya!... ¡Que se vaya! —gimió ocultando su rostro entre sus manos.

—¡Salga! ¡Ya ha sido lo que ha dicho!... ¡Váyase! La culpa es mía... No debí dejarles pasar. Siempre he de caer en algún error involuntario, pero, pequeña, debe creermelo... ¡no he fracasado! —afirmó Lugatzky acercándose a Clara cuando se quedaron solos—. Los músculos, acostumbrados al reposo, no soportan la actividad repentina; pero está curada, ¡se lo prometo! ¡Debe creerme! ¡Lo único que necesitamos es fe y deseos de triunfar! Mi pequeña... le ruego que me crea.

—¡Es tan triste, después de todo lo que había sufrido! —murmuró Clara, dolida.

—Yo la ayudaré... Ensayemos de nuevo... Míreme... ¡Míreme a los ojos! ¿No le inspiran fe? Probemos... ¡Ten fe! ¡Deséalo! Ahora... ahora... mi adorada... ¡No te apoyes en mí! ¡Suelta mis manos... ¡Deséalo ahora como nunca en tu vida has podido desearlo! ¡Así, vida mía!... ¡Así!

Clara, sugestionada por las palabras de Lugatzky, había avanzado unos pasos, pero volvió a caer desplomada sobre el suelo.

Lugatzky la trasladó al sofá, se sentó junto a ella, hundió su frente entre

sus manos y permaneció mudo, alhelado, absorto.

—¿Por qué se ha callado usted?— preguntó Clara.

Lugatzy no levantó la cabeza y murmuró con voz sombría:

—¿Y si invieran razón esos doctores? ¿Será verdad que he fracasado? No... evidentemente, no. No debemos rendirnos... Te pondrás fuerte... te encontrarás bien, y...

—¡Calle, calle! — gimió Clara desoladamente—. ¡No quiero oírle más! ¡Le consta que ha fracasado!... ¿Por qué no lo admite? ¿Por qué no decirme que es en vano cuanto he sufrido? ¡Tanta tortura, tanto dolor para nada! ¿Cómo pudo engañarme así?... ¿Cómo pudo?

—Si he hecho lo que dicen—murmuró Lugatzy, sombrío y desesperado,—si he atrofiado los nervios sensitivos, ¡estoy perdido para siempre!

—¡Ah, es su reputación lo que le preocupa!, ¿verdad? ¡Eso es lo que le importa! Usted sólo quería publicidad y me eligió a mí como hubiera podido elegir a un perro para sus experimentos... ¡Lo esencial era su triunfo! ¡Yo no le importaba nada!

—¡Esto no es verdad, Clara! —protestó Lugatzy, envolviendo a la muchacha en una mirada húmeda de llanto.—Comprendo que no vas a creerme... ¡pero lo que tú dices no es verdad!... ¿Qué otra ambición podía guiarme a

mí... que la de desear con toda mi alma, con todas mis fuerzas, ver feliz a una persona... a quien se quiere de veras?

—¡Oh, perdón! — sollozó Clara, conmovida.

—No me mires así, niña mía... No existe peor tortura para mí que contemplar que en tus ojos ha desaparecido la alegría por completo y ha muerto la esperanza... A pesar de todo, siguen siendo los ojos más bellos que hay en el mundo... Ha faltado algo en mi tratamiento, es verdad... algo que yo no podía darte. Te faltó el amor y mi amor no fué lo suficiente para curarte.

Clara lloraba ahora dulcemente. Las palabras de Lugatzy le hacían mucho bien. Aquel hombre le ofrecía, ahora que la veía inválida, el amor más desinteresado y sincero que ella hubiera soñado.

En aquel momento se escuchó en la escalera la voz del doctor Sturdee, que llegaba furioso:

—¿Dónde está mi hija? ¿Dónde está?

Lugatzy salió a recibirle y le dijo, saludándole cortésmente:

—¡Oh, señor Sturdee... haga el favor!

—¡No, nada de favores! ¡Sabía lo que iba a pasar! ¡Se lo advertí a usted y se lo advertí a mi hija! Y ahora... voy a tratar a usted de la única

forma que puede tratarse a un hombre de su clase — dijo, soltando un sólemne bofetón a Lugatz, que lo recibió sin pestañear, sin protestas, sin ira, como si fuera una merecida expiación.

— ¡Y esto es sólo el principio! — siguió diciendo Sturdee—. ¡Porque esta vez le prometo a usted que se acordará! ¡Iré usted a los Tribunales! ¡Se le juzgará como al peor de los falsarios! — gritaba Sturdee, cada vez más exaltado.

— ¡Por favor, se lo ruego, no grite tanto... la pondrá nerviosa y no se la debe alterar! — dijo Lugatz, pensando únicamente en su amada.

— ¡Iré usted a la cárcel... y cuando salga de allí, lograré que le echen de la ciudad... y que no le admitan más! Pero, antes, todavía quiero vengarme

de usted apaleándole como se merece.

Iba Sturdee a descargar sus iras sobre Lugatz, cuando de pronto, como una visión, caminando como en sueños, con un paso armonioso, seguro, ágil, apareció Clara tendiendo los brazos a su padre y exclamando:

— ¡No, padre, no! ¡No hagas eso! ¡Padre!... ¿Verdad que no lo harás? ¡No puedes hacerlo!

Ella misma se maravilló de haber llegado hasta allí, y se arrojó sollozando de felicidad en los brazos de su padre. ¡Estaba curada! ¡Curada!... ¡Lugatz había hecho el milagro!

Y Lugatz, arrodillándose a los pies de Clara, le besó las manos repetidamente, pensando que el verdadero milagro lo había hecho el amor...



# EDICIONES BISTAGNE

## Ultimos éxitos publicados:

### **POLIZON A BORDO**

por Una Yegros, Ismael Marlo y Antonio Casal.

### **ESCUADRILLA**

por Alfredo Mayo, Luchy Soto y José Niera.

### **ALMA DE DIOS**

por Amparito Rivas y Luis Prendes.

### **SU HERMANO Y EL**

por Antonio Vica, Blanca de Siles, Manuel Luna y Enrique Gultart.

### **TOSCA**

por Imperia Argentina.

### **SARASATE**

por Alfredo Mayo, Margarita Carozio y Luchy Soto.

### **PIÑENTILLA**

por Josita Hernán y Rafael Durán.

### **LA DONCELLA DE LA DUQUESA**

por Carmen Gracia y Luis Peña.

### **UNOS PASOS DE MUJER**

por Una Yegros y F. Fernández de Córdoba.

### **LOS MILLONES DE POLICHINELA**

por María Santolalla, Manuel Luna y Luis Peña.

### **EL HIJO DEL CAÍD**

por Rodolfo Valentino.

### **EL PEQUERUELO**

por Lucien Baroux y el niño Felipe.

### **TORBELINO**

por Estrellita Castro, Manuel Luna y Tony D'Algy.

### **CARNET DE BAILE**

por María Bell, Harry Barr, etc.

### **EL SUEÑO DE BUTTERFLY**

por Marta Cebalari.

### **CENA EN EL RITZ**

por Anabella, Paul Lucas.

### **PORQUE TE VI LLORAR**

por Pastora Peña y Luis Peña.

### **¡GRANDES NOTICIAS!**

por Maurice Chevalier y Jack Buchanan.

EN PREPARACION:

21 días juntos

El hombre que se quiso matar

Más allá del amor

La ruta sin fin

¡SIEMPRE LO MEJOR!

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis

BARCELONA

